

LEVITICO

Primera Parte — Capítulos 1 al 7

Contenido

	<i>Págs.</i>
<i>CAPÍTULO 1</i>	<i>2</i>
<i>CAPÍTULO 2</i>	<i>16</i>
<i>CAPÍTULO 3</i>	<i>24</i>
<i>CAPÍTULO 4</i>	<i>29</i>
<i>CAPÍTULO 5</i>	<i>39</i>
<i>CAPÍTULO 6</i>	<i>45</i>
<i>CAPÍTULO 7</i>	<i>54</i>

CAPÍTULO 1

El libro de Levítico se centra en un pueblo en una relación de pacto con Dios, en cuyo seno mora Dios y cuyo corazón se inclina hacia Él. Dios le había dicho a Moisés: «Cuando hayas sacado al pueblo de Egipto, serviréis a Dios en este monte» (Éxodo 3:12). Le había dicho a Faraón: «Deja ir a mi hijo para que me sirva» (Éxodo 4:23). Aquí vemos la forma y el orden de ese servicio: el servicio de un pueblo libre y dispuesto; y aprendemos que toda entrega de corazón al servicio de Dios se centra en Cristo. ¡Bendito servicio! ¡Benditos aquellos cuyo privilegio es asumirlo!

Lo que vemos aquí sobre las ofrendas tiene su lugar en los cuarenta y nueve días durante los cuales la nube reposó sobre el tabernáculo (véase Números 10:11); un tiempo típico del período completo del servicio del tabernáculo en el desierto. La instrucción en Levítico es para nosotros; es dudoso que los hijos de Israel la hayan llevado a cabo. En un día venidero, cuando el corazón de Israel se vuelva al Señor, comprenderán el significado de estos tipos. Entonces, el velo será quitado de sus corazones y leerán a Moisés, viendo al Señor como el fin del antiguo pacto y el Espíritu de todas las Escrituras del Antiguo Testamento. Mientras tanto, los santos de la asamblea, estando en el bien del ministerio del Espíritu y de la justicia, pueden leer el antiguo pacto sin velo y encontrar sus afectos vivificados en la comprensión del Señor como el Espíritu de todo. Tampoco dudo de que la comprensión de estos tipos por parte de la iglesia tenga una plenitud y expansión que vaya más allá de lo que Israel comprenderá en el día venidero. Dios habla desde la "tienda de reunión"; el centro designado donde se reunía Su pueblo, donde Él los encontraba y donde entraban en contacto unos con otros en relación con Sus cosas. La comunicación de Su mente se encontraba allí. "El reunirnos" (Hebreos 10:25) responde, creo, a la "tienda de reunión". También encontramos muchas referencias a santos que se reúnen en 1ª Corintios 11, 14. A los santos Dios les enseña a amarse unos a otros, y si esta enseñanza divina no fuera neutralizada por influencias humanas, uniría a todos los cristianos en cada ciudad, pueblo o aldea donde se encuentren. La "tienda de reunión" tendría así su antitipo en cada asamblea local. Las cosas están muy rotas hoy, pero aún es posible, por la misericordia infinita, que los santos se reúnan amándose unos a otros en relación con Dios, y al hacerlo reciben instrucción y ampliación en el conocimiento de Dios. Él se complace en ver a Sus santos juntos en amor; esto lo liberta para comunicarles Su pensamiento.

Si pensamos en nuestros tiempos, es a medida que los santos se han reunido en amor, como miembros de la asamblea de Dios, que ha habido comunicaciones del pensamiento de Dios; se ha dado gran luz con respecto a Cristo y la asamblea. Debemos reconocer que el privilegio de la "tienda de reunión" ha sido restaurado en estos últimos días. Los santos pueden reunirse como santos, y en la verdad de sus relaciones con Dios y entre sí, y esto en el desierto. Si los creyentes descuidan la "tienda de reunión", no obtendrán mucho aumento de la luz divina, y lo que poseen de Cristo no estará disponible para el bien común ni para la

alabanza de Dios en la asamblea de sus santos.

La "tienda de reunión" sugiere la reunión de los santos según el orden divino, no según un arreglo u organización humana. La palabra traducida como "reunión" significa lo establecido o designado; se usa para las fiestas de Jehová (Levítico 23) y otras ocasiones divinamente señaladas. Para que la tienda de reunión sea un lugar de encuentro, no basta con que los santos estén reunidos en una misma habitación. Deben estar reunidos de acuerdo con los principios divinos y la verdad de la asamblea de Dios. Todo principio relacionado con el orden divino en la asamblea es esencial para la protección y el desarrollo de los afectos espirituales. Deben existir condiciones santas para que Dios se encuentre con su pueblo. Si los santos discrepan entre sí, deben resolver sus diferencias antes de poder realmente "unirse". No podemos ofrecer en el altar si recordamos que nuestro hermano tiene algo contra nosotros. No podríamos estar allí en un profundo e imperturbable aprecio por Cristo. Si hablamos de reunirnos en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, es necesario que nosotros mismos y en nuestras asociaciones seamos apropiados para ese Nombre.

Estos primeros capítulos de Levítico tratan sobre los movimientos del corazón de su pueblo hacia Dios. Suponen que se ha recibido a Cristo, porque si uno no está en posesión de Cristo, no tiene nada que aportar. El cordero de la mañana y de la tarde del holocausto continuo (Éxodo 29:38-46) nos presentan más bien el lado divino: el holocausto en su perfección permanente e inmutable como el terreno en el que Dios se encuentra con su pueblo, les habla y mora con ellos. "Un holocausto continuo por vuestras generaciones." Es necesario estar establecidos en la gracia de eso antes de contemplar lo que tenemos ante nosotros en estos capítulos.

Pero por nuestra parte hemos sido sujetos de la obra divina, y el resultado de esto es que se han producido ciertos ejercicios en nuestras almas para los cuales Cristo es la respuesta. Un ejercicio es en cuanto a la aceptación, y Cristo como holocausto es la respuesta a eso. Otro es con respecto a la perfección en un objeto para el corazón, y la ofrenda de cereal es Cristo como la respuesta a ese ejercicio. Un tercero es con referencia a la comunión, y la ofrenda de paz es Cristo en relación con eso. Y, por último, hay ejercicios que surgen del humilde descubrimiento de lo que hay en nosotros mismos, y la conciencia de nuestro propio fracaso, para lo cual la respuesta es Cristo como la ofrenda por el pecado. Todos los llamados de Dios tienen estos ejercicios; creo que el germen de ellos es inherente a esa enseñanza divina que todo Su pueblo tiene; aunque puede haber con muchos santos una falta de diligencia espiritual para seguirlos y obtener a Cristo como respuesta a ellas. Nuestra adquisición de riqueza divina depende de la diligencia con la que realizamos los ejercicios que Dios nos da. En la medida en que los seguimos y comprendemos a Cristo en relación con ellos, tenemos material para las ofrendas y podemos participar en el servicio de Dios según Su placer.

La consideración de esto hará evidente que toda ofrenda aceptable le ha costado

algo al oferente. David dijo: «*No tomaré lo tuyo para Jehová, para ofrecer holocausto sin costo alguno*» (1ª Crónicas 21:24). Es cierto que, en un sentido muy bendito, el evangelio nos lo proporciona todo. Nos trae a Cristo en toda Su plenitud y perfección, y por el oír con fe recibimos el Espíritu. Pero **hay una historia de ejercicio detrás de cada verdadera adquisición de Cristo**, de modo que el alma tiene un sentido real del valor de lo que ha ganado. Véase Proverbios 23:23; Apocalipsis 3:18. En cuanto a lo que la gracia ha puesto a nuestra disposición, no hay diferencia ni limitación; es la infinita plenitud y bendición de Cristo. Pero en cuanto a la verdadera riqueza de las almas en el conocimiento de Cristo, muchos de nosotros estamos muy lejos de la medida completa de la gracia. A muchos del pueblo de Dios no se les ha presentado "la plenitud de la bendición de Cristo" (Romanos 15:29), y muchos otros que han sido más favorecidos en este aspecto sólo han recibido en sus almas una pequeña parte de lo que se les ha puesto delante. Por lo tanto, **hay diferentes medidas de comprensión de Cristo, y nadie puede traer más de lo que tiene**. La consideración de esto es muy agotadora, ya que plantea la pregunta de cuánto puedo traer a la "tienda de reunión" como oferente. Si mi ofrenda es pequeña, ¿es que mi corazón no ha estado preparado para el costo al que podría haberse adquirido una mayor? A menudo pensamos en las personas de las que leemos en los Evangelios que llegaron a la escena con aprecio por Cristo. ¡Cuánta historia espiritual se esconde tras el relato de cada incidente! ¿No les gustaría, por ejemplo, acercarse a la mujer de Lucas 7 —lo haremos en los tribunales de arriba— y preguntarle cómo llegó a tener tan bendita apreciación de Cristo?

Y hubo una historia correspondiente en el caso de cada hombre y mujer que llegó a la luz por tener un aprecio por Él. Una historia similar de instrucción divina y adquisición espiritual se esconde tras cada ofrenda que traemos a la tienda de reunión. Por supuesto, siempre es cierto, como dijo David: «*Todo es tuyo, y de lo que es de tu mano te hemos dado*». Era de Dios, y por gracia ha llegado a ser nuestro, y ahora lo traemos de vuelta a Dios para su complacencia y servicio.

Hay una hermosa palabra en Jeremías 30:21-22: «*¿Quién es este que compromete su corazón? ¿Quién es aquel que se atreve a acercarse a Mí? dice el Señor. Y vosotros seréis mi pueblo, y Yo seré vuestro Dios*». Al conocerse la bienaventuranza del pacto, ciertamente dedicaremos nuestros corazones a acercarnos a Dios. Es un deleite para Dios ver a su pueblo, conmovido por Su gracia y amor conocidos, involucrando así sus corazones. Dios se ha comprometido con nosotros de la manera más bendita, y el efecto de que lo sepamos es que dedicamos nuestros corazones a acercarnos a Él como oferentes y sacerdotes. ¡Que sea aún más así con nosotros, para Su gloria y alabanza!

El holocausto viene primero, la ofrenda para la aceptación y la ofrenda por el pecado viene al final; sólo cuando conocemos a Cristo como se expone en las ofrendas anteriores, podemos estimar correctamente el pecado. Es a la luz del Obediente y Perfecto que sólo podemos aprender verdaderamente el carácter del

inícuo. A la luz de Aquel completamente dedicado a Dios en obediencia y amor, discernimos cuán odiosa es la iniquidad, y cuán intenso, escrutador y absorbente es el juicio que ha venido sobre los pecadores.

El oferente en este capítulo tiene la conciencia de que se acerca a Dios en el favor divino. En el sacerdote vemos típicamente un pensamiento adicional, pues había sido lavado, vestido de vestiduras santas, ungidos y consagrados. Todo esto sugiere idoneidad moral para Dios; un estado en el que Dios puede ser complaciente. Los tales pueden ministrar en cosas santas para el placer de Dios. Y luego en los "hijos" de Aarón puede haber un indicio de que es nuestro privilegio estar con Dios en la relación de hijos para la satisfacción de Su amor. **Los santos tienen derecho a ser oferentes, sacerdotes e hijos; son tres pensamientos diferentes.** Pero la base sobre la cual podemos acercarnos con aceptación como oferentes, o servir aceptablemente como sacerdotes, o gustar la bienaventuranza de la aceptación en el Amado como hijos, es la perfección de Cristo y el valor infinito de Su muerte.

"Lo ofrecerá macho sin defecto; a la puerta del tabernáculo de reunión lo ofrecerá, para su aceptación delante de Jehová" (Levítico 1:3). El oferente posee la perfección y lo trae a Dios con santo deleite; todos sus pensamientos de aceptación se centran en Otro, en quien se encuentra una excelencia personal intachable. Está completamente basado en Cristo; se apoya en el novillo. ¿Qué podría ser más bendito que acercarse a Dios con la mano puesta en Cristo? Estar conscientemente identificado con Él, habiéndose poseído de Él en el corazón y sin pensar en ningún otro. Allí está la perfección inmaculada, el pleno deleite de Dios en el Hombre, traído al mundo en esa santa y gloriosa Persona para proporcionar, mediante Su muerte, la aceptación de una naturaleza bendita para los hombres. De modo que, en cuanto a la aceptación, sólo tenemos a Uno para considerar, y el corazón se compromete con Él, y sólo con Él, en sus movimientos hacia Dios.

Y, bendito sea Dios, es posible que lo hagamos en la más profunda realidad espiritual. No necesitamos ocultarnos la verdad de lo que somos según la carne. "Será aceptado para él hacer expiación por él". La palabra "hacer expiación por él" sugiere que hay algo en el hombre mismo que no es apto para ser acercado a Dios. Todo lo que éramos como en la carne no era apto para que Su ojo se posara en él, pero la única manera en que lo consideramos, cuando servimos a Dios, es como habiendo sido cubierto —no, más que cubierto, absolutamente eliminado— en la muerte de Cristo para Su gloria. Ningún autoengaño oscurece el corazón cuando nos acercamos, porque nos damos cuenta de que el amor santo ha tomado Su propio camino para juzgar y eliminar todo lo que éramos. Reconocemos plenamente lo que existió de nuestra parte, pero el gran y bendito hecho con el que comprometemos nuestros corazones es que incluso eso ha traído a la vista de una manera gloriosa las perfecciones y el amor del Hijo de Dios. Él se ha entregado por nosotros, y nuestros corazones tienen derecho a meditar en esto, y se deleitan en meditar en ello, en la presencia de Dios. Y si conozco a Cristo para mi propia aceptación, veo a todos mis hermanos de la misma manera, y esto

les da un lugar maravilloso en mi corazón. De hecho, la manera en que consideramos a nuestros hermanos revela dónde estamos en nuestras propias almas.

La oferente mata al becerro, lo desuella y lo corta en pedazos (versículos 5-6). ¡Qué ejercicios santos y espirituales se sugieren aquí! Santos que se acercan a Dios con pensamientos verdaderos y dados por el Espíritu de la muerte de Cristo; con corazones inteligentes y adoradores que comprenden algo de Su carácter y significado benditos como manifestación de la obediencia, la devoción, el amor y la gloria de ese Único Hombre que murió para la gloria de Dios y para cumplir Su voluntad. ¡Cómo esa muerte ha revelado la perfección de todas las partes internas y ocultas de Cristo! ¡Cada detalle de pensamiento, sentimiento, propósito y juicio es perfecto! Todo puede descubrirse sin que se descubra ninguna imperfección, incluso cuando se prueba con la pureza absoluta de los testimonios de Dios, lavados en agua. Todo testimonio divino sobre lo que es adecuado para Dios en el estado del hombre encontró interiormente su respuesta completa en las partes ocultas de ese Bendito. ¡Qué deleite es para Dios ser servido por aquellos que se acercan a Él con la apreciación de todo esto en sus corazones! ¡Y qué profunda conciencia de aceptación llena los corazones de quienes se acercan, identificados en pensamiento y afecto con la preciosidad de Cristo! Muchos pueden recordar un momento en que tocaron este gozo, pero no lo conservan porque no han cultivado esos movimientos del corazón hacia Dios en los que la conciencia de aceptación se renueva y profundiza. Pero si nos acercamos a Dios con la apreciación de Cristo en nuestros corazones, implica el desplazamiento del yo. Debemos estar preparados para ser probados por Cristo. ¿Estamos preparados para tener todo al descubierto? ¿Que los pensamientos y motivos, así como las palabras y los actos, se juzguen a la luz de lo que Él era? Él pudo decir: «*No busco Mi propia gloria*». Fue en todo momento una entrega de Sí mismo por la gloria de Dios. Al entrar en eso, debe afectarnos moralmente.

Pero los santos tienen el privilegio de ser sacerdotes, así como oferentes. Estos tipos se encuentran juntos; el hombre en aceptación consciente se convierte en sacerdote, porque sólo él tiene esta a cercanía a Dios, y quien está allí es sacerdote. El pensamiento original de Dios no era separar una familia sacerdotal, sino de que todo Israel fuera "un reino de sacerdotes" (Éxodo 19:6). Es notable que encontremos sacerdotes en Israel antes del llamamiento y la consagración de Aarón y sus hijos. Véase Éxodo 19:22. "Y también los sacerdotes que se acercan a Jehová se santificarán". Todavía no existía un orden oficial del sacerdocio, pero había quienes se acercaban a Jehová, y todos ellos eran sacerdotes moralmente. Moisés fue en realidad un sacerdote superior a Aarón, pues disfrutaba personalmente de mayor cercanía a Dios. Por eso está escrito: "Moisés y Aarón entre sus sacerdotes" (Salmo 99:6). Es una gran bendición que Dios nos haya acercado a Sí mismo, no sólo para nuestra liberación y felicidad, sino para que le ministremos como sacerdotes para Su complacencia. Y todo movimiento del corazón que ministra al placer de Dios debe estar centrado en Cristo.

El sacerdote en los primeros capítulos de Levítico no es Aarón, sino uno de sus hijos, por lo que no es un ejemplo típico de Cristo, sino de personas espirituales que pueden abordar asuntos con inteligencia espiritual para el placer de Dios. Es privilegio de todos los santos ser sacerdotes, pero incluso si no todos están en estado sacerdotal, la ganancia de la tienda de reunión es que todos, en cierto modo, se benefician del elemento sacerdotal. Difícilmente sería la tienda de reunión si no hubiera elemento sacerdotal allí, y si lo hay, es para el bien de todos, así como para el placer de Dios. Se ha dicho que la persona más espiritual en una reunión ya sea hermano o hermana, le da carácter a la reunión. Toda persona espiritual contribuye con aquello que tiende a hacer espirituales a los demás. Cada individuo trae su ofrenda —su comprensión y aprecio de Cristo— pero el hecho de que todos traigan sus ofrendas a un lugar de reunión común indicaría que su presentación es colectiva. Cualesquiera que sean los ejercicios individuales que tengamos, todos están destinados a contribuir a lo colectivo.

Supongo que todos buscamos obtener algún bien de nuestros ejercicios y disciplina personales, pero es bueno tener ante nosotros que los santos se beneficiarán del fruto de esos ejercicios. La asamblea es el centro al que convergen todas las diversas líneas del ejercicio privado. Podemos ver esto incluso en el ejercicio de la ofrenda por el pecado que se nos presenta en el Salmo 51. Conduce a lo colectivo: el bien de Sion y la construcción de los muros de Jerusalén. Y también indica que, si uno pasa por un ejercicio de ofrenda por el pecado con Dios, termina con un holocausto. "Entonces tendrás sacrificios de justicia, holocausto y holocausto completo; entonces ofrecerán becerros sobre tu altar" (Sal.51:19).

Hay capacidad sacerdotal en las personas espirituales para asumir toda comprensión de Cristo y presentarla a Dios en alabanza, de modo que sea fragante ante Él y, al mismo tiempo, sea ayudada y engrandecida en las almas de los santos. Así, el servicio ministra al placer de Dios y, al mismo tiempo, edifica a los santos. La asamblea es el lugar para aumentar la riqueza espiritual, pues la comprensión de Cristo que cada uno ha traído allí se hace disponible para todos. De modo que cada vez que nos reunimos, nos enriquecemos en el conocimiento de Cristo y, por lo tanto, podemos traer ofrendas mayores. **Es un placer pensar en la asamblea como una comunidad espiritual. La riqueza de la asamblea es la suma de lo que se conoce de Cristo en cada corazón.** Los hombres espirituales pueden aportar allí un profundo aprecio por Cristo, pero al expresarse, se vuelve accesible para el enriquecimiento de todos, así como para el servicio y el deleite de Dios.

El sacerdote posee inteligencia espiritual y comprende lo que es para Dios. Posee afectos y capacidad espirituales, y sabe cómo manejar lo que agrada a Dios. Presenta la sangre, el testimonio de la muerte; siente que Cristo murió enteramente por la voluntad y el deleite de Dios. «*Vengo, oh, Dios, para hacer Tu voluntad*». Esto no debilita el sentido de aceptación; lo intensifica al conectarlo con el deleite y la gloria de Dios, y esto constituye una gran ampliación. ¡Con qué libertad y deleite ilimitados podemos acercarnos a Dios cuando comprendemos

que nuestra aceptación es conforme a su complacencia en Cristo! En Éxodo, como hemos observado, el altar es el lugar donde el olor dulce continuo proporciona la base sobre la cual Dios siempre se encuentra con su pueblo y les habla con gracia. Véase Éxodo 29:42-43. Pero en Levítico es el lugar de la ofrenda de nuestro lado. Es Cristo visto como Aquel por quien todo sacrificio espiritual se ofrece a Dios. Véase Hebreos 13:15 y 1ª Pedro 2:5. Cristo no sólo es la Sustancia de toda ofrenda, sino que también es el Altar. Esto asegura la santidad Divina, porque el altar es "santidad de santidades; todo lo que tocara el altar será santificado" (Éxodo 29:37). Todos deben ser llevados a la prueba y a la bienaventuranza del Ungido de Dios. Un corazón sincero no desearía que fuera de otra manera.

Toda comprensión espiritual de Cristo puede llevarse al altar, porque es santo, pero nada puede colocarse sobre él que no concuerde con él. El mejor sentimiento de la mente natural, incluso con respecto a Cristo, no podría colocarse allí ni por un momento. Nada realmente tiene cabida en el servicio de Dios, o en la asamblea de Dios, que no esté en armonía con Cristo como el altar. El altar, al estar "a la entrada de la tienda de reunión", da a entender que llegamos allí con un profundo sentido de la santidad de Dios, y que es esencial que cada movimiento esté en armonía con Cristo, con Su cruz y Su muerte. Nada que sea espiritualmente irreal puede colocarse sobre el altar. Es posible usar expresiones que no sean el lenguaje genuino del corazón en ese momento. El servicio externo puede ir más allá de la medida de la fe y el poder espiritual. Pero esto no servirá para el altar de Dios; no puede ser ofrecido "por Jesucristo". Es mejor que las palabras utilizadas sean conscientemente inadecuadas para expresar la comprensión del corazón de Cristo, que sean altisonantes pero irreales. El Altar lo prueba todo, y no puede ser tocado por lo que es impío e inapropiado para Dios; pero también santifica todo don verdadero que se deposita sobre él. La más pequeña y débil comprensión verdadera de Cristo puede ser ofrecida "por Jesucristo"; soportará la santa prueba de esa Persona y de Su muerte, y Su dulce olor llega ante Dios como sostenida en el poder y el valor de ese Bendito. El Altar implica el marchitamiento absoluto y el rechazo de todo lo que es de la mente y el sentimiento del hombre natural o carnal, pero sostiene en santificación y aceptabilidad toda comprensión de Cristo que sea real y dada por el Espíritu. Entonces, el fuego y el ardor en el altar sugieren una comprensión sacerdotal de la intensidad de la prueba que se aplicó a Cristo. Él estaba en el lugar del pecado y la muerte, y todo lo que Dios es como "fuego consumidor" estaba allí. Pero había más allí que el pecado y su juicio. Vemos esto en la ofrenda por el pecado quemada fuera del campamento. Pero en el holocausto vemos que la perfección infinita estaba allí, y que el fuego exhalaba su dulce aroma. Todo en Él se encontró, incluso en ese lugar de prueba suprema, perfectamente receptivo a Dios en obediencia, devoción y amor, y aunque todo fue ofrecido a Dios, fue por nosotros. ¡Qué maravilloso el privilegio de traer el memorial de ello a Dios para Su deleite y para nuestra aceptación consciente!

El becerro es lo que podríamos llamar la ofrenda normal, pero ¡Ay!, ¡cuán pocos poseen un aprecio tan grande por Cristo como el que el becerro expresaría! La

oveja representa una medida menor de aprehensión. No hay apoyo en la víctima. El sentido de la muerte de Cristo y de Su perfección está ahí, pero no el sentido de identificación personal. Hay una apreciación piadosa de las perfecciones de Cristo, pero no la feliz conciencia de estar completamente en el terreno de lo que Él es. Aun así, el oferente de la oveja tiene cierto poder de discriminación y un reconocimiento de la perfección en cada rasgo de Cristo que su alma conoce, pero es mucho más pequeño en su comprensión de Cristo.

Luego, cuando llegamos a las aves, es aún más débil. El sacerdote tiene que hacer casi todo en este caso. En el oferente existe la sensación de que cualquier olor grato para Dios debe ser de Cristo, pero no hay mucha comprensión de Él. Hay falta de capacidad para descubrir las partes internas de Cristo y para apreciar sus perfecciones internas. En los Salmos personales de Cristo hay un maravilloso descubrimiento de sus perfecciones internas. Buscarlos con aprecio inteligente y afectuoso, es un estudio profundo para la mente espiritual. Los creyentes en general son demasiado indefinidos; tienen un sentido de la perfección de Cristo, pero no se dedican a descubrirla ni a investigarla en detalle. Se requiere madurez espiritual para tener en cuenta lo que había en el interior de ese Bendito: sus afectos, sus sensibilidades, sus pensamientos y sentimientos. El oferente de las aves no está a la altura de esto; la víctima ni siquiera está dividida. Y no sólo su medida es pequeña; sino que parece haber algo natural mezclado con su comprensión de Cristo, algo que no puede ofrecerse como olor grato, y que el sacerdote tiene que desechar. Lo que vemos en este tipo es que un sacerdote sabe cómo sacar el máximo provecho de la ofrenda de una persona pobre. Si vienes a la tienda de reunión con un pequeño pensamiento de Cristo —y todo santo viene con algún pensamiento de Cristo— encontrarás allí un sacerdote que puede ayudarte porque capta según Dios lo que quizás es débil y vago en tu alma. Encontrarás que alguien tomará parte de una manera que trae ante Dios el mismo pensamiento que estaba en tu mente; pero, si está en verdadera competencia sacerdotal, lo saca a la luz según Dios, y libre del elemento natural que quizás estaba junto con él en tu mente. Así se hace ¡Ampliación en tu alma, y si se ejercita correctamente, obtendrás tal crecimiento que la próxima vez podrás traer una oveja! Nunca fue la intención de Dios que ninguno de nosotros permaneciera pobre en el Israel espiritual.

Pero, si bien el crecimiento debe desearse y buscarse, es muy bendito ver que se habla de la tórtola o del pichón en los mismos términos que de la oveja o incluso del novillo. Se le llama "holocausto, ofrenda encendida a Jehová de olor grato". Esto es muy alentador, pues muestra que incluso el más mínimo aprecio por Cristo es aceptable para Dios, y que su gracia estima la ofrenda.

Es necesario estar establecidos en la gracia de eso antes de contemplar lo que tenemos ante nosotros en estos capítulos.

Pero por nuestra parte, hemos sido sujetos de la obra Divina, y el resultado de esto es que se han producido ciertos ejercicios en nuestras almas para los cuales Cristo es la respuesta. Un ejercicio es en cuanto a la aceptación, y Cristo como

holocausto es la respuesta a eso. Otro es con respecto a la perfección en un objeto para el corazón, y la ofrenda de cereal es Cristo como la respuesta a ese ejercicio. Un tercero es con referencia a la comunión, y la ofrenda de paz es Cristo en relación con eso. Y, por último, hay ejercicios que surgen del humilde descubrimiento de lo que hay en nosotros mismos, y la conciencia de nuestro propio fracaso, para lo cual la respuesta es Cristo como la ofrenda por el pecado. Todos los llamados de Dios tienen estos ejercicios; creo que el germen de ellos es inherente a esa enseñanza divina que todo Su pueblo tiene; aunque puede haber con muchos santos una falta de diligencia espiritual para seguirlos, y obtener a Cristo como respuesta a ellas. Nuestra adquisición de riqueza divina depende de la diligencia con la que realizamos los ejercicios que Dios nos da. En la medida en que los seguimos y comprendemos a Cristo en relación con ellos, tenemos material para las ofrendas y podemos participar en el servicio de Dios según Su voluntad.

La consideración de esto hará evidente que toda ofrenda aceptable le ha costado algo al oferente. David dijo: «No tomaré lo tuyo para Jehová, para ofrecer holocausto sin costo alguno» (1 Crónicas 21:24). Es cierto que, en un sentido muy bendito, el evangelio nos lo proporciona todo. Nos trae a Cristo en toda su plenitud y perfección, y por el oír con fe recibimos el Espíritu. Pero hay una historia de ejercicio detrás de cada verdadera adquisición de Cristo, de modo que el alma tiene un sentido real del valor de lo que ha ganado. Véase Proverbios 23:23; Apocalipsis 3:18. En cuanto a lo que la gracia ha puesto a nuestra disposición, no hay diferencia ni limitación; es la infinita plenitud y bienaventuranza de Cristo. Pero en cuanto a la verdadera riqueza de las almas en el conocimiento de Cristo, muchos de nosotros estamos muy lejos de la medida completa de la gracia. A muchos del pueblo de Dios no se les ha presentado "la plenitud de la bendición de Cristo" (Romanos 15:29), y muchos otros que han sido más favorecidos en este aspecto sólo han recibido en sus almas una pequeña parte de lo que se les ha puesto delante. Por lo tanto, hay diferentes medidas de comprensión de Cristo, y nadie puede traer más de lo que tiene. La consideración de esto es muy agotadora, ya que plantea la pregunta de cuánto puedo traer a la "tienda de reunión" como oferente. Si mi ofrenda es pequeña, ¿es que mi corazón no ha estado preparado para el costo al que podría haberse adquirido una mayor? A menudo pensamos en las personas de las que leemos en los Evangelios que llegaron a la escena con aprecio por Cristo. ¡Cuánta historia espiritual se esconde tras el relato de cada incidente! ¿No les gustaría, por ejemplo, acercarse a la mujer de Lucas 7 —lo haremos en los tribunales de arriba— y preguntarle cómo llegó a tener tan bendita apreciación de Cristo?

Y hubo una historia correspondiente en el caso de cada hombre y mujer que llegó a la luz por tener un aprecio por Él. Una historia similar de instrucción divina y adquisición espiritual se esconde tras cada ofrenda que traemos a la tienda de reunión. Por supuesto, siempre es cierto, como dijo David: «Todo es tuyo, y de lo que es de tu mano te hemos dado». Era de Dios, y por gracia ha llegado a ser nuestro, y ahora lo traemos de vuelta a Dios para su complacencia y servicio.

Hay una hermosa palabra en Jeremías 30:21-22: "¿Quién es aquel que se atreve a acercarse a Mí? dice el Señor. Y vosotros seréis mi pueblo, y Yo seré vuestro Dios". Al conocerse la bienaventuranza del pacto, ciertamente dedicaremos nuestros corazones a acercarnos a Dios. Es un deleite para Dios ver a su pueblo, conmovido por Su gracia y amor conocidos, involucrando así sus corazones. Dios se ha comprometido con nosotros de la manera más bendita, y el efecto de que lo sepamos es que dedicamos nuestros corazones a acercarnos a Él como oferentes y sacerdotes. ¡Qué sea aún más así con nosotros, para su gloria y alabanza!

El holocausto viene primero, la ofrenda para la aceptación. La ofrenda por el pecado viene al final; sólo cuando conocemos a Cristo como se expone en las ofrendas anteriores, podemos estimar correctamente el pecado. Es a la luz del obediente y perfecto que sólo podemos aprender verdaderamente el carácter del inicuo. A la luz de Aquel completamente dedicado a Dios en obediencia y amor, discernimos cuán odiosa es la iniquidad, y cuán intenso, escrutador y absorbente es el juicio que ha venido sobre la carne pecaminosa.

El oferente en este capítulo tiene la conciencia de que se acerca a Dios en el favor divino. En el sacerdote vemos típicamente un pensamiento adicional, pues había sido lavado, vestido con vestiduras santas, ungidos y consagrados. Todo esto sugiere idoneidad moral para Dios; un estado en el que Dios puede ser complaciente. Los tales pueden ministrar en cosas santas para el placer de Dios. Y luego en los "hijos" de Aarón puede haber un indicio de que es nuestro privilegio estar con Dios en la relación de hijos para la satisfacción de Su amor. Los santos tienen derecho a ser oferentes, sacerdotes e hijos; son tres pensamientos diferentes. Pero la base sobre la cual podemos acercarnos con aceptación como oferentes, o servir aceptablemente como sacerdotes, o gustar la bienaventuranza de la aceptación en el Amado como hijos, es la perfección de Cristo y el valor infinito de Su muerte.

"Lo ofrecerá macho sin defecto; a la puerta del tabernáculo de reunión lo ofrecerá, para su aceptación delante de Jehová" (Levítico 1:3). El oferente posee la perfección y lo trae a Dios con santo deleite. Todos sus pensamientos de aceptación se centran en Otro, en quien se encuentra una excelencia personal intachable. Está completamente basado en Cristo; se apoya en el novillo. ¿Qué podría ser más bendito que acercarse a Dios con la mano puesta en Cristo? Estar conscientemente identificado con Él, habiéndose poseído de Él en el corazón y sin pensar en ningún otro. Allí está la perfección inmaculada, el pleno deleite de Dios en el Hombre, traído al mundo en esa santa y gloriosa Persona para proporcionar, mediante Su muerte, la aceptación de una naturaleza bendita para los hombres. De modo que, en cuanto a la aceptación, sólo tenemos a Uno para considerar, y el corazón se compromete con Él, y sólo con Él, en sus movimientos hacia Dios. Y, bendito sea Dios, es posible que lo hagamos en la más profunda realidad espiritual. No necesitamos ocultarnos la verdad de lo que somos según la carne. *"Será aceptado para él hacer expiación por él"*. La palabra "hacer expiación por él" sugiere que hay algo en el hombre mismo que no es apto para ser acercado a

Dios. Todo lo que éramos como en la carne no era apto para que Su ojo se posara en él, pero la única manera en que lo consideramos, cuando servimos a Dios, es como habiendo sido cubierto —no, más que cubierto, absolutamente eliminado— en la muerte de Cristo para Su gloria. Ningún autoengaño oscurece el corazón cuando nos acercamos, porque nos damos cuenta de que el santo Amor ha tomado Su propio camino para juzgar y eliminar todo lo que éramos. Reconocemos plenamente lo que existió de nuestra parte, pero el gran y bendito hecho con el que comprometemos nuestros corazones es que incluso eso ha traído a la vista de una manera gloriosa las perfecciones y el amor del Hijo de Dios. Él se ha entregado por nosotros, y nuestros corazones tienen derecho a meditar en esto, y se deleitan en meditar en ello, en la presencia de Dios. Y si conozco a Cristo para mi propia aceptación, veo a todos mis hermanos de la misma manera, y esto les da un lugar maravilloso en mi corazón. De hecho, la manera en que consideramos a nuestros hermanos revela dónde estamos en nuestras propias almas.

La oferente mata al becerro, lo desuella y lo corta en pedazos (versículos 5, 6). ¡Qué ejercicios santos y espirituales se sugieren aquí! Santos que se acercan a Dios con pensamientos verdaderos y dados por el Espíritu de la muerte de Cristo; con corazones inteligentes y adoradores que comprenden algo de su carácter y significado benditos como manifestación de la obediencia, la devoción, el amor y la gloria de ese Único Hombre que murió para la gloria de Dios y para cumplir Su voluntad. ¡Cómo esa muerte ha revelado la perfección de todas las partes internas y ocultas de Cristo! ¡Cada detalle de pensamiento, sentimiento, propósito y juicio es perfecto! Todo puede descubrirse sin que se revele ninguna imperfección, incluso cuando se prueba con la pureza absoluta de los testimonios de Dios, lavados en agua. Todo testimonio divino sobre lo que es adecuado para Dios en el estado del hombre encontró interiormente su respuesta completa en las partes ocultas de ese Bendito. ¡Qué deleite es para Dios ser servido por aquellos que se acercan a Él con la apreciación de todo esto en sus corazones! ¡Y qué profunda conciencia de aceptación llena los corazones de quienes se acercan, identificados en pensamiento y afecto con la preciosidad de Cristo! Muchos pueden recordar un momento en que tocaron este gozo, pero no lo conservan porque no han cultivado esos movimientos del corazón hacia Dios en los que la conciencia de aceptación se renueva y profundiza. Pero si nos acercamos a Dios con la apreciación de Cristo en nuestros corazones, implica el desplazamiento del yo. Debemos estar preparados para ser probados por Cristo. ¿Estamos preparados para tener todo al descubierto? ¿Que nuestros pensamientos y motivos, así como nuestras palabras y actos, sean juzgados a la luz de lo que Él era? Él pudo decir: «No busco mi propia gloria». Fue en todo momento una entrega de Sí mismo por la gloria de Dios. Al entrar en eso, debe afectarnos moralmente. Pero los santos tienen el privilegio de ser sacerdotes, así como oferentes. Estos tipos se combinan; el hombre en aceptación consciente se convierte en sacerdote, pues sólo la tiene en la cercanía a Dios, y quien está allí es sacerdote. El pensamiento original de Dios.

No se creía que se tratara de una familia sacerdotal separada, sino que todo Israel sería "un reino de sacerdotes" (Éxodo 19:6). Es notable que encontremos sacerdotes en Israel antes del llamamiento y la consagración de Aarón y sus hijos. Véase Éxodo 19:22. *"Y también los sacerdotes que se acercan a Jehová se santificarán"*. Todavía no existía un orden oficial del sacerdocio, pero había quienes se acercaban a Jehová, y todos ellos eran sacerdotes moralmente. Moisés fue en realidad un sacerdote superior a Aarón, pues disfrutaba personalmente de mayor cercanía a Dios. Por eso está escrito: *"Moisés y Aarón entre sus sacerdotes"* (Salmo 99:6). Es una gran bendición que Dios nos haya acercado a sí mismo, no sólo para nuestra liberación y felicidad, sino para que le ministremos como sacerdotes para Su complacencia. Y todo movimiento del corazón que ministra al placer de Dios debe estar centrado en Cristo.

El sacerdote en los primeros capítulos de Levítico no es Aarón, sino uno de sus hijos, por lo que no es un ejemplo típico de Cristo, sino de personas espirituales que pueden abordar asuntos con inteligencia espiritual para el placer de Dios. Es privilegio de todos los santos ser sacerdotes, pero incluso si no todos están en estado sacerdotal, la ganancia de la tienda de reunión es que todos, en cierto modo, se benefician del elemento sacerdotal. Difícilmente sería la tienda de reunión si no hubiera elemento sacerdotal allí, y si lo hay, es para el bien de todos, así como para el placer de Dios. Se ha dicho que la persona más espiritual en una reunión ya sea hermano o hermana, le da carácter a la reunión. Toda persona espiritual contribuye con aquello que tiende a hacer espirituales a los demás. Cada individuo trae su ofrenda —su comprensión y aprecio de Cristo— pero el hecho de que todos traigan sus ofrendas a un lugar de reunión común indicaría que su presentación es colectiva. Cualesquiera que sean los ejercicios individuales que tengamos, todos están destinados a contribuir a lo colectivo. Supongo que todos buscamos obtener algún bien de nuestros ejercicios y disciplina personales, pero es bueno tener ante nosotros que los santos se beneficiarán del fruto de esos ejercicios. La asamblea es el centro al que convergen todas las diversas líneas del ejercicio privado. Podemos ver esto incluso en el ejercicio de la ofrenda por el pecado que se nos presenta en el Salmo 51. Conduce a lo colectivo: el bien de Sion y la construcción de los muros de Jerusalén. Y también indica que, si uno pasa por un ejercicio de ofrenda por el pecado con Dios, termina con un holocausto. *"Entonces tendrás sacrificios de justicia, holocausto y holocausto completo; entonces ofrecerán becerros sobre tu altar"*. Hay capacidad sacerdotal en las personas espirituales para asumir toda comprensión de Cristo y presentarla a Dios en alabanza, de modo que sea fragante ante Él y, al mismo tiempo, sea ayudada y engrandecida en las almas de los santos. Así, el servicio ministra al placer de Dios y, al mismo tiempo, edifica a los santos. La asamblea es el lugar para aumentar la riqueza espiritual, pues la comprensión de Cristo que cada uno ha traído allí se hace disponible para todos. De modo que cada vez que nos reunimos, nos enriquecemos en el conocimiento de Cristo y, por lo tanto, podemos traer ofrendas mayores. Es un placer pensar en la asamblea como una comunidad espiritual. La riqueza de la

asamblea es la suma de lo que se conoce de Cristo en cada corazón. Los hombres espirituales pueden aportar allí un profundo aprecio por Cristo, pero al expresarse, se vuelve accesible para el enriquecimiento de todos, así como para el servicio y el deleite de Dios.

El sacerdote posee inteligencia espiritual y comprende lo que es para Dios. Posee afectos y capacidad espirituales, y sabe cómo manejar lo que agrada a Dios. Presenta la sangre, el testimonio de la muerte; siente que Cristo murió enteramente por la voluntad y el deleite de Dios. «*Vengo, oh, Dios, para hacer tu voluntad*». Esto no debilita el sentido de aceptación; lo intensifica al conectarlo con el deleite y la gloria de Dios, y esto constituye una gran ampliación. ¡Con qué libertad y deleite ilimitados podemos acercarnos a Dios cuando comprendemos que nuestra aceptación es conforme a Su complacencia en Cristo! En Éxodo, como hemos observado, el altar es el lugar donde el olor dulce continuo proporciona la base sobre la cual Dios siempre se encuentra con su pueblo y les habla con gracia. Véase Éxodo 29:42-43. Pero en Levítico es el lugar de la ofrenda de nuestro lado. Es Cristo visto como Aquel por quien todo sacrificio espiritual es ofrecido a Dios. Véase Hebreos 13:15 y 1 Pedro 2:5. Cristo no sólo es la Sustancia de toda ofrenda, sino que también es el Altar. Esto asegura la santidad divina, porque el altar es "santidad de santidades; todo lo que tocara el altar será santificado" (Éxodo 29:37). Todos deben ser llevados a la prueba y a la bienaventuranza del Ungido de Dios. Un corazón sincero tampoco desearía que fuera de otra manera.

Toda comprensión espiritual de Cristo puede ser llevada al Altar, porque es santo, pero nada puede colocarse en el Altar que no concuerde con él. El mejor sentimiento de la mente natural, incluso con respecto a Cristo, no podría colocarse allí ni por un momento. Nada realmente tiene cabida en el servicio de Dios, o en la asamblea de Dios, que no esté en armonía con Cristo como el Altar. El altar, estando "a la entrada de la tienda de reunión", da a entender que llegamos allí con un profundo sentido de la santidad de Dios, y que es esencial que cada movimiento esté en armonía con Cristo, y con Su cruz y muerte. Nada que sea espiritualmente irreal puede colocarse en el Altar. Es posible usar expresiones que no sean el lenguaje genuino del corazón en el momento. El servicio externo puede ir más allá de la medida de la fe y el poder espiritual. Pero esto no servirá para el Altar de Dios; no puede ser ofrecido "por Jesucristo". Es mejor que las palabras utilizadas sean conscientemente inadecuadas para expresar la comprensión del corazón de Cristo, que sean altisonantes pero irreales. El Altar lo prueba todo, y no puede ser tocado por lo que es impío e inapropiado para Dios; pero también santifica todo don verdadero que se deposita sobre él. La más pequeña y débil comprensión verdadera de Cristo puede ser ofrecida "por Jesucristo"; soportará la santa prueba de esa Persona y de Su muerte, y su dulce olor llega ante Dios como sostenida en el poder y el valor de ese Bendito. El Altar implica el marchitamiento absoluto y el rechazo de todo lo que es de la mente y el sentimiento del hombre natural o carnal, pero sostiene en santificación y aceptabilidad toda comprensión de Cristo que sea real y dada por el Espíritu.

Entonces, el fuego y el ardor en el altar sugieren una comprensión sacerdotal de la intensidad de la prueba que se aplicó a Cristo. Él estaba en el lugar del pecado y la muerte, y todo lo que Dios es como "fuego consumidor" estaba allí. Pero había más allí que el pecado y su juicio. Vemos esto en la ofrenda por el pecado quemada fuera del campamento. Pero en el holocausto vemos que la perfección infinita estaba allí, y que el fuego exhalaba su dulce aroma. Todo en Él se encontró, incluso en ese lugar de prueba suprema, perfectamente receptivo a Dios en obediencia, devoción y amor, y aunque todo fue ofrecido a Dios, fue por nosotros. ¡Qué maravilloso el privilegio de traer el memorial de ello a Dios para Su deleite y para nuestra aceptación consciente!

El becerro es lo que podríamos llamar la ofrenda normal, pero ¡Ay!, ¡cuán pocos poseen un aprecio tan grande por Cristo como el que el becerro expresaría! La oveja representa una medida menor de aprehensión. No hay apoyo en la víctima. El sentido de la muerte de Cristo y de Su perfección está ahí, pero no el sentido de identificación personal. Hay una apreciación piadosa de las perfecciones de Cristo, pero no la feliz conciencia de estar completamente en el terreno de lo que Él es. Aun así, el oferente de la oveja tiene cierto poder de discriminación y un reconocimiento de la perfección en cada rasgo de Cristo que su alma conoce, pero es mucho más pequeño en su comprensión de Cristo.

Luego, cuando llegamos a las aves, es aún más débil. El sacerdote tiene que hacer casi todo en este caso. En el oferente existe la sensación de que cualquier olor grato para Dios debe ser de Cristo, pero no hay mucha comprensión de Él. Hay falta de capacidad para descubrir las partes internas de Cristo y para apreciar Sus perfecciones internas. En los Salmos personales de Cristo hay un maravilloso descubrimiento de sus perfecciones internas. Buscarlos con aprecio inteligente y afectuoso es un estudio profundo para la mente espiritual. Los creyentes en general son demasiado indefinidos; tienen un sentido de la perfección de Cristo, pero no se dedican a descubrirla ni a investigarla en detalle. Se requiere madurez espiritual para tener en cuenta lo que había en el interior de ese Bendito: sus afectos, sus sensibilidades, sus pensamientos y sentimientos. El oferente de las aves no está a la altura de esto; la víctima ni siquiera está dividida. Y no sólo su medida es pequeña; sino que parece haber algo natural mezclado con su comprensión de Cristo, algo que no puede ofrecerse como olor grato, y que el sacerdote tiene que desechar.

Lo que vemos en este tipo es que un sacerdote sabe cómo sacar el máximo provecho de la ofrenda de una persona pobre. Si vienes a la tienda de reunión con un pequeño pensamiento de Cristo —y todo santo viene con algún pensamiento de Cristo— encontrarás allí un sacerdote que puede ayudarte porque capta según Dios lo que quizás es débil y vago en tu alma. Encontrarás que alguien tomará parte de una manera que trae ante Dios el mismo pensamiento que estaba en tu mente; pero, si ésta en verdadera competencia sacerdotal, lo saca según Dios, y libre del elemento natural que quizás estaba junto con él en tu mente. Es de este modo que se obtiene ensanchamiento en el alma, y si lo ejercitas correctamente, obtendrás tal crecimiento que la próxima

vez podrás traer una oveja. Nunca fue la intención de Dios que ninguno de nosotros permaneciera pobre en el Israel espiritual.

Pero, si bien el crecimiento debe desearse y buscarse, es muy bendito ver que se habla de la tórtola o del pichón en los mismos términos que de la oveja o incluso del novillo. Se le llama "*holocausto, ofrenda encendida a Jehová de olor grato*". Esto es muy alentador, pues muestra que incluso el más mínimo aprecio por Cristo es aceptable a Dios, y que su gracia estima la ofrenda según los recursos del oferente. Él no espera en un "bebé" lo que esperaría de un "padre". La idea de Su bondadosa consideración es "buena para el corazón más débil" y anima a todos a acercarse con libertad.

CAPÍTULO 2

Este capítulo nos presenta la comprensión que los santos tienen de Cristo en su perfección personal. No se trata de expiación ni de aceptación, sino del corazón que se deleita en un Objeto perfecto y se compromete con ese Objeto en sus movimientos hacia Dios. Presentar una "oblación" o un "don" supone que uno está conscientemente en la aceptación del holocausto, como se vio en el capítulo 1. Hay una completa libertad de cualquier pregunta que pudiera surgir en cuanto a la propia aceptación. No estamos pensando ahora en el pecado, ni en cómo se ha tratado con él, ni siquiera en la forma en que Dios ha sido glorificado con respecto a él. Nos ocupamos de lo que es perfecto ante la mirada de Dios, y ante la nuestra, en un Hombre aquí en la tierra.

Podemos notar que la "oblación" sugiere preparación en casa. Allí era donde el israelita tenía su harina, aceite e incienso; allí era donde se horneaban las tortas. Todo estaba preparado antes de ser llevado a la tienda de reunión. Si no nos dedicamos a Cristo en casa o en privado, no habrá ofrenda que llevar a la tienda de reunión ni olor grato para Dios. ¡Qué bendición es estar comprometidos con Cristo en secreto! La "flor de harina" es la base de la oblación en cada caso, salvo la de las primicias, que se mantienen aparte.

Entonces, lo que caracteriza a la oblación en general es que, si bien se quemaba un memorial como olor grato a Jehová, se daba como alimento a los sacerdotes. Habla de Cristo en un aspecto en el que puede ser el alimento de los santos, y particularmente de los santos considerados como personas espirituales a cargo del testimonio y el servicio de Dios.

Hay una diferencia entre Cristo visto como el "maná" y Cristo como se tipifica en la "oblación". El maná fue dado del cielo para sustentar a los hombres en condiciones desérticas. Pero en la oblación vemos más bien lo que había en el Hombre considerado como "el fruto de la tierra" —esta expresión se aplica a Cristo en Isaías 4:2— para el deleite de Dios y para atraer el afecto de todos los que son divinamente enseñados a apreciarlo. Es lo que puede ofrecerse como olor

fragante para el placer de Dios, y lo que se convierte, como tal, en el alimento del santo sacerdocio.

Cuando en el bautismo de Jesús se oyó una voz del cielo: "Tú eres mi Hijo amado; en ti me complazco", la flor de harina de la oblación estaba allí con el aceite derramado sobre ella, y el incienso también, porque Él estaba orando (Lucas 3:22). Pero cuando, tentado por el diablo, respondió: "Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra de Dios", lo vemos fiel al lugar desértico al que había llegado, y sostenido allí "por toda palabra de Dios". Probablemente cada santo ha sabido lo que es ser sostenido por alguna palabra de Dios, pero para Él era "cada palabra". Vivía de acuerdo con ella; cada mínimo detalle de su vida estaba formado por la palabra de Dios. Si no tenía una palabra de Dios, no hacía nada. "Toda palabra de Dios" encontró su respuesta perfecta en Él y se expresó en su vida. Ese es el grano "fino" del maná. (Compárese con Deuteronomio 8:3). Sugiere perfección en el mínimo detalle "sobre la faz del desierto". En el camino de Jesús vemos una vida sostenida desde arriba, que era en todos los sentidos la expresión perfecta de aquello que la sustentaba. Ahora Él está en el cielo para ministrar desde allí a sus santos aquí, para que puedan vivir en el desierto en la fuerza de esa gracia que se expresó tan perfectamente en Él.

Pero la "flor de harina" de la oblación habla de lo que ha brotado aquí y ha madurado, en la Persona de Jesús, para el deleite de Dios. Se ve en este tipo como aprehendida en el minucioso detalle de su perfección y uniformidad. Este es el fruto de una preciosa ocupación del corazón y la inteligencia espiritual. ¡Qué estudio de las perfecciones de Jesús requiere! ¿Qué deleite más placentero de meditación afectuosa podría haber? Podemos rastrearlo en innumerables rasgos en los Evangelios; la ley de Moisés, los profetas y los Salmos están llenos de presentaciones en detalle de lo que es para el deleite de Dios en el hombre; y cada exhortación que contienen las Epístolas en cuanto al espíritu y el andar que son apropiados en los santos es un desarrollo de las perfecciones de Jesús. No estoy hablando, por el momento, de Su dignidad oficial o gloria real, sino de Su perfección moral. Todo lo que la Escritura presenta, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, como moralmente excelente en el hombre y para el agrado de Dios, tuvo su lugar en esa Humanidad única de la que es típica la "flor de harina". Sólo puede ser traída como ofrenda por el santo que la ha comprendido, y en la medida de su comprensión. Pero esto sin duda debería, con cada uno de nosotros, aumentar continuamente.

Perdemos mucho si no prestamos más atención a la perfección de Cristo en detalle. Deberíamos hacer de ella el estudio de nuestros corazones. Por ejemplo, tomen el Primer Libro de los Salmos (Salmo 1-41) y reflexionen sobre cada cualidad individual de Cristo que encuentren. Se expandirá en su alma la comprensión de un Hombre Bendito que siempre vivió en relación con Dios —un Hombre marcado por la separación, la meditación, la obediencia, la dependencia, el deleite en el bien; y siempre encontrando Su lugar con aquellos que temían y

amaban a Dios. Las siguientes escrituras en ese libro pueden ser consideradas entre otras: Salmo 1:1 -3; Salmo 3:4 -6; Salmo 4:3, 7, 8; Salmo 5:1 -3, 7, 8, 11; Salmo 6:8, 9; Salmo 7:1, 4, 8; Salmo 9:1, 2, 13, 18; Salmo 11:1, 2; Salmo 13:5; Salmo 16:1 -11; Salmo 17:3 - 6, 8, 15; Salmo 18:1 - 6, 18 - 24, 30 - 36; Salmo 19:7 - 11, 14; Salmo 20:1 - 6; Salmo 21:1 - 7; Salmo 23:1 - 6; Salmo 25:1 - 5, 9, 10, 12, 14, 16, 17; Salmo 26:1 - 8, 11, 12; Salmo 27:1 - 8; Salmo 28:6 - 8; Salmo 31:1, 5 - 7; Salmo 34:1-3; Salmo 38:13-15; Salmo 40:4, 9, 10; Salmo 41:12.

Al nacer en este mundo, Él era "lo santo" (Lucas 1:35), y verdaderamente podía ser presentado como santo a Jehová (Lucas 2:22-23). La excelencia se encontró aquí como "el fruto de la tierra" en Él. Incluso de niño, Él estaba lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba sobre Él (Lucas 2:40). A la edad de doce años lo encontramos ocupado en los asuntos de su Padre, sentado en el templo en medio de los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas, y asombrando a todos los que lo escuchaban por su entendimiento y respuestas. Sin embargo, Él mantendría el lugar apropiado para alguien de tal edad: «Bajó con ellos y vino a Nazaret, y estaba sujeto a ellos» (Lucas 2:51).

Luego, a la edad de treinta años, lo vemos acompañar a aquellos en quienes la gracia había obrado el arrepentimiento y ser bautizado. No es que Él tuviera personalmente nada de qué arrepentirse, sino que el movimiento en sus almas era de Dios; era para ellos el camino de la justicia, y Él los acompañaría en él. No los patrocinaba, como algún grande de la tierra podría condescender a relacionarse por un tiempo con aquellos muy inferiores a él, sino que los acompañaba porque para Él eran los santos en la tierra, los excelentes, y todo Su deleite estaba en ellos (Salmo 16:3).

Entonces fue característico de Él que se le viera orando en el momento de Su bautismo. No era una actitud de espíritu nueva para Él, pues su lenguaje, como se dio proféticamente, fue: "*Me hiciste confiar desde que estaba a los pechos de mi madre. A Ti fui arrojado desde el vientre materno; Tú eres mi Dios desde el vientre de mi madre*" (Salmo 22:9-10). Desde los pechos de su madre hasta el último grito en la cruz: "*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*", nunca se apartó ni por un momento del espíritu de dependencia. No sólo había perfección en cada detalle de la vida del Santo Niño, Joven y Hombre, sino que era una perfección que tenía todo su origen y fuerza en Dios. Dios era una necesidad para Él en todo momento; Su objeto, Su deleite, Aquel cuya voluntad era Su única guía y regla, Su recurso para todas las cosas y en todo momento.

¡Cuán fragante para Dios fue esta completa dependencia de Aquel que asumió cada detalle de Su camino y cada ejercicio en los afectos propios de un Hijo! Creo que la comprensión de esto se ejemplifica por el incienso puesto sobre la harina fina, que se quemaba en el altar como olor fragante. No hubo un sólo movimiento del espíritu de Cristo, interno o externo, ya fueran los pensamientos de su corazón o su expresión en palabras u obras, que no se exhalara primero a Dios en oración, y encontrara su fuerza en ello.

De modo que cada movimiento de su corazón y espíritu no sólo era perfecto en sí mismo, sino también perfecto en su referencia a Dios y en los afectos dependientes que lo caracterizaban. Podemos ver esto en la frecuente mención de su oración en el evangelio de Lucas, y lo vemos resaltado con una fragancia peculiar en Juan 11:41, 42 y 12:27, 28.

"Y derramará aceite sobre él". Dios quiere que reconozcamos la perfecta idoneidad de ese bendito Hombre para ser ungido por el Espíritu Santo. El Espíritu Santo podía entrar en contacto con cada grano de esa "flor de harina"; todo era adecuado. No había necesidad en Su caso de que "el Espíritu Santo y el fuego" dejaran de lado en poder consumidor a través del auto juicio una masa de inadecuación como la que encontramos en nosotros mismos. "El Espíritu Santo descendió sobre Él en forma corporal, como una paloma" (Lucas 3:22); Él podía entrar en contacto comprensivo con cada ejercicio en el corazón de ese Bendito. El amor lo hizo un doliente en un mundo de aflicción, y el Espíritu Santo descendió sobre Él en una forma comprensiva con Su dolor, pero como poder para que Dios pudiera darse a conocer en un mundo de aflicción humana en la forma de gentileza y gracia y sanidad y liberación. En la Persona de Jesús, el Espíritu Santo vino sobre un Hombre que sentía según Dios todo lo que había en un mundo de pecado. Un Hombre en perfecta sintonía, simpatía con Dios en todo lo aquí presente, era el Vaso idóneo en el cual toda la gracia del cielo podía acercarse a los hombres con la mansedumbre de una paloma.

El oferente que vierte aceite sobre la flor de harina es un símbolo del santo que llega, como se enseña divinamente, a la comprensión y apreciación de Cristo como el Hombre bendito, marcado por la perfección en cada detalle, y por lo tanto idóneo de este modo para ser ungido por el Espíritu Santo. Un Hombre que contrasta en todo sentido con el hombre según la carne. Es obra y deleite de Dios llevarnos a apreciarlo —llevarnos, en medida, a su propia apreciación de Él— para que Él se convierta en la Sustancia de nuestros afectos hacia Dios. Entonces, como resultado, todo esto se convierte en alimento santísimo para el sacerdocio. El corazón que lo asimila y se nutre de Él, adquiere capacidad para el servicio del santuario. Se fortalece para comprender espiritualmente el placer de Dios en Cristo y para servirle sacerdotalmente con referencia a él. Probablemente, la falta de vigor para el servicio sacerdotal entre los cristianos en general se debe en gran medida a la ausencia o debilidad de esas comprensiones y apreciaciones de Cristo que se manifestarían en los movimientos que responden al ofrecimiento de una oblación.

Luego, en los versículos 4-10, obtenemos un aspecto adicional de la oblación como horneada o preparada de diferentes maneras bajo la acción del fuego "en el horno", "en la sartén" o "en el caldero". Esto parecería indicar el deseo de Dios de que sus santos comprendan la perfección de Cristo tal como surgió bajo diferentes tipos y grados de prueba. Los "panes sin levadura" exponen la ausencia total de cualquier elemento de inflación o corrupción. Pero "mezclado con aceite" sugiere la energía positiva del Espíritu como dando carácter a su

humanidad. "Mezclado" es más que "ungido". Es la misma palabra en el Salmo 92:10, donde sugiere que "todo el sistema es vigorizado y fortalecido por ella: formó su fuerza", vea la nota a Levítico 2:4, en la Nueva Traducción. Lo que fue engendrado en la virgen fue del Espíritu Santo (Mateo 1:20). El ángel Gabriel le dijo: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá será llamado Hijo de Dios» (Lucas 1:35). La verdadera y santa humanidad del Señor Jesús debe ser apreciada y sagradamente custodiada por los fieles afectos de sus santos frente a la infidelidad que abunda. Es tan esencial para el cristianismo como su Deidad. Ambas, ¡ay!, son cuestionadas en las altas esferas religiosas. Pero es en la comprensión espiritual de una humanidad que deriva su carácter y energía del Espíritu Santo que podemos comprender el deleite de Dios en Él y presentar nuestra oblación como «fragante olor».

Se podría sugerir que la comprensión más completa de Cristo en carácter de oblación se manifiesta en aquello que se cuece en el horno. Esto sería de acuerdo con la analogía de las otras ofrendas, donde en cada caso la mayor aprehensión es la que se presenta primero. También hay una precisión de forma en "tortas" y "hojaldres" que falta en las ofrendas subsiguientes. El oferente tiene típicamente una aprehensión muy definida de Cristo como imbuido del Espíritu Santo o como ungido, y sujeto a la prueba más intensa. El "horno" al ser una cámara cerrada sugeriría lo que estaba oculto a la vista del público: las pruebas secretas por las que pasó, que fueron los más intensos de Sus sufrimientos personales, con la excepción de Sus sufrimientos expiatorios, que no se presentan en este tipo. Esas pruebas secretas requieren la más profunda espiritualidad para su aprehensión y para el discernimiento de cómo la perfección del Señor salió a la luz en ellas. Sus sentimientos y sensibilidades eran tan perfectos como Sus obras y palabras. ¡Qué gran satisfacción para Dios tener a alguien aquí, en la edad adulta, que sentía por todo como corresponde! Alimentarse de Cristo, así conocido, nos daría sensibilidad sacerdotal. Los sentimientos naturales, con respecto a lo difícil, conducen a la impaciencia y la irritabilidad. Carecen de relación con Dios y la sobriedad que brinda su presencia. Pero el oferente que trae "una oblación horneada en el horno" ha comprendido espiritualmente las emociones y sentimientos que Cristo manifestó bajo prueba, los cuales contrastaban perfectamente con todo lo natural en el hombre y que eran delicias para Dios. Y el sacerdote que quema su memorial lo ha presentado a Dios con santo y reverente aprecio, y debe alimentarse de él para su propio alimento y formación interior. Pero para esto se necesita espiritualidad tanto en el oferente como en el sacerdote, pues es "la ofrenda santísima de Jehová".

Por ejemplo, para entrar en cómo Él "padeció siendo tentado" (Hebreos 2:18) se requiere una gran espiritualidad. El sufrimiento positivo que fue para Él ser tentado solo podía ser entendido por alguien que fuera, al menos en medida, participante de la santidad de Dios. Luego, cómo sintió el rechazo de Israel, no sólo porque lo rechazaron a Él, aunque seguramente Él sintió esto profundamente, sino porque Su corazón entró en todo lo que Su rechazo

significaba para ellos. Luego, la incredulidad y la falta de comprensión en los Suyos, tan a menudo manifestadas; la incapacidad de aquellos a quienes amaba para velar con Él una hora; la traición de Judas. Luego, el llevar en Su propio espíritu el peso de cada debilidad y enfermedad que Él quitó por Su poder_ que encontró expresión en su gemido por el hombre sordo (Marcos 7:34), y Su gemido por la incredulidad de aquella generación (Marcos 8:12), y Su ser "profundamente conmovido en espíritu" ante la desolación y el poder de la muerte (Juan 11:33, 38). Todas estas cosas muestran cuán profundamente fue probado en Su propio espíritu por lo que pasó, pero deben entenderse como algo que sólo reveló la perfección pura para el deleite de Dios en aquel Bendito. Una prueba aún más profunda quedaba para Getsemaní, donde todo lo terrible de la muerte, y lo que implicaba beber la copa, fue conocido por Él anticipadamente con una agonía indescriptible. Pero ¿qué reveló la prueba? "No se haga mi voluntad, sino la Tuya".

Todo esto pertenecería, según me parece, al carácter de "horno" de la oblación. La delgadez de las "tortas" y las "obleas" quizás sugeriría cuán completamente cada parte de la humanidad de nuestro bendito Señor fue sometida a la acción de una intensa prueba.

Entonces, la "oblación en la sartén" se referiría a pruebas más públicas, que requerían menos espiritualidad para su comprensión. Tales serían el contacto diario con la contradicción de los pecadores, las diversas formas de enemistad abierta o encubierta con las que fue confrontado, su injuria, etc., las demandas de diversos tipos desde diversos sectores. Cada parte por separado se ve en este tipo como distinguida y como comprendida como estando bajo el poder de la santa unción.

Y, finalmente, la ofrenda preparada "en el caldero" carece de la precisión y la discriminación de las dos formas anteriores de oblación. Corresponde así con el holocausto de aves en comparación con la oveja o el becerro del capítulo 1. Sugiere una comprensión de Cristo caracterizada por el Espíritu, que es verdadera hasta cierto punto y, por lo tanto, aceptable, pero que carece de madurez en el desarrollo y en el poder de discernimiento espiritual. Sin embargo, es la perfección de Cristo lo que se comprende, y el Espíritu Santo en relación con Él, por muy débilmente estimado por el oferente, y esto la constituye en una ofrenda "de olor grato". ¡Cuán preciosa es la gracia que da a uno una apreciación más madura de Cristo! Y cuán preciosa, también, la gracia que acepta la comprensión más débil de otro porque es la perfección de Cristo lo que se comprende y no la del yo. Toda comprensión de Cristo que se lleva a la tienda de reunión aporta "olor grato" a Dios y alimento para el sacerdocio. Pero no debemos olvidar que una comprensión de Cristo, que podría ser deleitosa y aceptable en un alma recién convertida, podría ser la triste evidencia en un santo mayor de indolencia espiritual y de la tolerancia a cosas que han obstaculizado el crecimiento divino.

Entonces, ninguna oblación debía hacerse con levadura; "porque no quemaréis levadura ni miel en ninguna ofrenda encendida a Jehová" (versículos 11-12). La "levadura" es el principio corruptor e inflador de la autoimportancia que nunca está ausente del hombre en la carne. No podría tener cabida en una ofrenda "santísima". Estaba completamente ausente de Cristo, y debe estar completamente ausente de esos movimientos del corazón hacia Dios que tienen a Cristo solo como su Tema y Sustancia. Creo que la levadura podría entrar en nuestra oblación si decimos más de lo que realmente es. Podría haber un intento de hacer que nuestra comprensión de Cristo parezca mayor de lo que realmente es. Esto sería un enorgullecimiento de la carne de una manera muy triste. Es posible decir cosas maravillosas de Cristo que hemos escuchado a otras personas decir, o que hemos leído en libros, pero si están más allá de nuestra propia comprensión, no son un verdadero "don". Habría peligro de que se volviera como el Salmo 78:36. "Pero lo adularon (la palabra significa "hacer pretensión", en otro lugar "seducir", "engañar") con su boca, y le mintieron con su lengua; porque su corazón no era firme para con él, ni eran firmes en su pacto". ¡Qué bendición que podamos seguir leyendo: "Pero él fue misericordioso; perdonó la iniquidad y no los destruyó"! La "miel" representa la dulzura de la naturaleza que se encuentra en la amabilidad y los afectos naturales. Puede ser agradable, e incluso refrescante, en su propia esfera, y dado por Dios en misericordia; pero no entra en la oblación. Cuando se trata de lo que Dios se deleita, la línea está claramente trazada entre lo natural y lo espiritual, y lo primero queda excluido. "Miel" sería la intrusión del sentimiento natural, que me temo a menudo aparece en himnos y oraciones. Puede ser dulce, pero es la dulzura de la naturaleza. Cuando Pedro dijo: "Señor, Dios te sea favorable; esto de ninguna manera te sucederá" (Mateo 16:22), era un sentimiento dulce, pero era naturaleza. No había sabor a la sal del pacto en ello, y era una ofensa para el Señor.

"La ofrenda de las primicias" se refiere a los dos panes mecidos de Pentecostés (Levítico 23:15 - 17) que se horneaban con levadura. Era "una nueva ofrenda a Jehová", que representaba a la asamblea como compuesta por aquellos en quienes la levadura había estado activa, aunque ahora inactiva por auto juicio en el poder del Espíritu. Pero, al reconocer la levadura, no pueden ser "ofrecidos sobre el altar como olor grato", aunque se presenten a Jehová como primicias. El Espíritu de Dios nos llevaría así a distinguir entre Cristo mismo, quien es el único que puede ser "ofrecido sobre el altar como olor grato", y la asamblea que es de Él, y en la que se reproduce como "una nueva ofrenda", pero que no puede ser una "ofrenda encendida".

"Y sazonarás con sal toda ofrenda que presentes; no permitirás que falte de tu ofrenda la sal del pacto de tu Dios; con todas tus ofrendas ofrecerás sal". "La sal del pacto de tu Dios" es una expresión que llama la atención. Sugiere que una ofrenda sólo puede ser aceptable si se ofrece con verdadera fidelidad de corazón a las relaciones del pacto en las que la gracia divina nos ha puesto y a las que nos hemos comprometido. Creo que la "sal" es el poder preservador de la fidelidad y el propósito del corazón de ser fiel al pacto. Incluye el auto juicio, pero también

implica un propósito fiel de aceptar y adoptar en nuestros propios corazones y vidas lo que está de acuerdo con lo que ofrecemos. Es ese principio de fidelidad que excluye las actividades de la carne y trae a Cristo de una manera práctica. Por ejemplo, si ofrezco a Dios en alabanza una comprensión y apreciación de Cristo como Aquel que siempre estuvo en los negocios de Su Padre, la "sal" que debe estar con ella para que sea aceptable es el propósito fiel de estar en la misma línea: mantener la dedicación a los intereses y el placer de Dios. Si mi ofrenda es alabar a Dios por la mansedumbre y la dulzura de Cristo, la "sal" sería que esté plenamente dispuesto a cultivar y exhibir un espíritu similar. Esta es la prueba de la realidad de la ofrenda e indica si uno está fielmente comprometido con el pacto. En una palabra, prueba si realmente apreciamos al Cristo que ofrecemos y si lo preferimos a nosotros mismos. En muchas cosas, podemos quedar infinitamente cortos de lo que apreciamos en Cristo, pero la "sal" es que estemos decididos a buscar la conformidad moral con Él.

La "oblación de tus primicias" parece ser una especie de apéndice, y creo que presenta a Cristo como aprehendido por Israel como sus primicias. Dios había buscado su complacencia de una manera peculiar en Israel; en cuanto a la tierra, Israel debía ser, y seguirá siendo, "las primicias de su fruto" (Jeremías 2:3). Pero Israel llegará a ser esto a medida que aprenda, bajo la enseñanza divina, a considerar a Cristo como sus Primicias. ¡Qué día será para ellos cuando vean que todo aquello en lo que tan miserablemente han fallado en responder al placer de Dios ha sido asegurado para Él en Cristo! Todo lo que debería marcar al "Israel de Dios" ha aparecido en este mundo en el Cristo de Dios. Ningún rastro de ello se podía ver en Israel según la carne. Pero Israel visto como "los hijos de la promesa" tiene derecho a considerar a Cristo como sus Primicias, y en un día venidero lo hará. A medida que aprendan a darle a Cristo este lugar, serán, a través de Él, fructíferos para Dios. Los frutos posteriores seguirán y tomarán el carácter de las Primicias. Las "mazorcas verdes" sugerirían la frescura y el vigor de la vida en la que todo aquello en lo que Israel no había respondido al placer de Dios se encontró aquí en Cristo. Pero "asado al fuego" indicaría cómo lo había tratado la nación según la carne. En lugar de que las Primicias fueran apreciadas y maduraran en medio de un pueblo receptivo hacia la satisfacción del reino, fueron "asadas al fuego". Entiendo que esto corresponde a la acción del fuego como se ve en el horno, la sartén y el caldero, sólo que ahora es en un grado intensificado; está sujeto a la acción directa del fuego.

Podemos repetir: ¡Qué día será para Israel cuando vean que la misma intensidad de su odio y rechazo ha sacado a relucir la santa perfección de Aquel a quien entonces reconocerán con alegría como sus Primicias! "El grano desgranado de las espigas llenas" habla de la madurez y plenitud en que se encontró el deleite de Dios en Él. Israel aprenderá, también, a dar al aceite y al incienso su lugar en relación con Él. Habrá movimientos afectuosos de acercamiento a Dios con referencia a todo esto cuando Israel presente la oblación de sus Primicias. Pero antes de ese día es privilegio de los santos de la asamblea presentar una oblación,

y como sacerdotes traerla al altar y ofrecerla como "olor grato", y convertirla en su alimento "santísimo". ¡Que tengamos gracia para asumir este servicio sagrado!

CAPÍTULO 3

El oferente de una ofrenda de paz deseaba estar en comunión con el altar. «Mirad a Israel según la carne: ¿no participan en comunión con el altar los que comen los sacrificios?» (1 Corintios 10:18). La ofrenda precede a la comida. De hecho, en este capítulo no se habla de la comida; se habla de «el altar»; la comida o la comunión se encuentra en Levítico 7. Una da carácter a la otra. Aunque cabe señalar que «todos los limpios pueden comer la carne» (7:19). Es decir, la comunión no se limita al oferente ni a los sacerdotes, sino que está disponible para «todos los limpios». Sin duda, esto contiene una enseñanza. Ser oferente supone cierto grado de riqueza espiritual en la comprensión de Cristo, y una energía en los afectos hacia Dios que nos acerca al altar para presentarle lo que se ha encontrado en Cristo mediante la muerte por Él. Al acercarse a nosotros, Dios no tenía nada que decirnos sobre nadie más que Cristo, y si nos acercamos a Dios, lo que le decimos en adoración y alabanza es el eco de lo que Él nos dijo primero en gracia y amor. Cristo vino a nosotros desde el corazón de Dios en la inefable entrega divina, y lo traemos de regreso a Dios con afecto agradecido y alabanza. Pero lo que así traemos a Dios forma un vínculo divino de comunión entre los santos. No podemos tomar espiritualmente unos con otros lo que primero no se ha tomado con Dios. Él debe tener la primera y mejor porción. Pero al ser traído Cristo, la comunión que podemos disfrutar juntos se extiende a "todos los que están limpios". Incluso los pobres de Israel podían participar, si estaban limpios, de lo que otro había traído y disfrutar del privilegio de la comunión con el altar. ¡Qué carácter de gracia da esto a la comunión de los santos! ¡La prosperidad en Cristo de uno se convierte en el gozo y la ganancia de todos! Pero lo que se disfruta no tiene valor divino a menos que su relación inmediata con Dios, tal como se ofrece en su altar "santísimo", se mantenga en la conciencia de quienes participan de ello. Y traer lo inmundo a conexión con ello es ser "cortado de su pueblo".

En este caso, el oferente se compromete a la comunión con el altar de Dios. Se enfatiza que "sus propias manos" debían traer las ofrendas de Jehová (Levítico 7:30). Hay un compromiso personal definido, en primer lugar, en el altar; es decir, con Dios. Luego, al comer, nos comprometemos con nuestros hermanos a la comunión con el altar. Si nos comprometemos con Dios y con nuestros hermanos a una comunión tan santa, esta determina el carácter de nuestras relaciones. Por eso, Pablo dice: «No podéis beber la copa del Señor, y la copa de los demonios; no podéis participar de la mesa del Señor, y de la mesa de los demonios». Y añade a esto una pregunta muy solemne: «¿Acaso provocamos a celos al Señor? ¿Somos más fuertes que Él?» (1ª Corintios 10:21-22).

Todos los que han partido el pan se han comprometido a esto: a renunciar al mundo como fuente de felicidad. «El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?» Aquel de quien nos alimentamos como la Fuente de nuestro gozo, y quien es la Sustancia de nuestra comunión con Dios y entre nosotros, ha muerto fuera de este mundo y no tiene parte alguna en él. Tenemos una felicidad de la más profunda índole, pues es una felicidad divina que se conoce en la cercanía a Dios y se comparte con nuestros hermanos santos, pero es una felicidad completamente ajena al mundo. «La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo?» Él murió según la voluntad de Dios para abrirnos un carácter completamente nuevo de gozo: el gozo en Dios revelado en Su amor infinito.

Si consideramos la intensa santidad del altar, cuán absolutamente excluye todo lo que no está de acuerdo con ella, debemos comprender que no puede haber ninguna arbitrariedad en cuanto a la comunión con él. En el altar, Cristo y su muerte traen bendición según la santidad de Dios. Todo elemento de este mundo es idólatra e impuro. ¿Cómo pueden ambos estar vinculados? ¿Cómo podría un alma pasar de uno a otro y tener su porción en cada uno? Es moralmente imposible.

El holocausto para la aceptación, ya sea del ganado o del rebaño, debe ser "un macho sin defecto". Para una aceptación consciente, debe haber una comprensión de Cristo en la actividad enérgica en la que se encontraba aquí para hacer la voluntad de Dios. Pero el hecho de que el holocausto de paz pudiera ser "macho o hembra" sugeriría que el oferente en este caso podría tener a Cristo ante sí, ya sea desde el lado de lo que se asumió para Dios en energía "masculina", o desde el lado de lo que exigía el estado de la humanidad caída. La conocida referencia de la hembra en los tipos de estado llevaría a concluir que la "hembra" como ofrenda podría insinuar lo que se relacionaba con este último aspecto. La ofrenda "femenina" por el pecado de "cualquiera del pueblo de la tierra" (Levítico 4:28, 32; Levítico 5:6), y la "vaca roja" de Números 19 quizás podría confirmar esto.

La acción espiritual tipificada en este capítulo es de gran importancia, pues es la base de la comunión en las almas de los santos. Sólo los corazones que tienen a Cristo delante pueden saber qué es la comunión en un sentido verdadero o divino. Entiendo que esta es la importancia de la mano del oferente al ser colocada sobre la cabeza de su ofrenda. Está plenamente comprometido con Cristo, no sólo para su aceptación, sino como su porción y gozo presente con Dios, y como la esencia de su comunión con los santos. Nos identificamos con Cristo; nos comprometemos con Él en relación con la cuestión de la comunión o compañerismo.

Un Dios fiel nos ha llamado a la "comunión de su Hijo Jesucristo, nuestro Señor" (1ª Cor.1:9). Eso muestra la grandeza y dignidad de la comunión a la que somos llamados. Pero en 1ª Cor.10:16 bendecimos la copa y partimos el pan. Es lo que hacemos. Cada uno que bebe de la copa y come el pan pone su propia mano en ella y se compromete definitivamente con Cristo y con todo lo que es fruto de Su

muerte. Y eso constituye la esencia de nuestra comunión unos con otros. El ejercicio en cuanto a la comunión es a menudo posterior en la historia del alma que el de la aceptación y la perfección en un Objeto para el corazón. Pero hay un deseo intuitivo en los santos de disfrutar en común de aquello que es nuestra porción con Dios y aquello que nos une en la separación de todo lo que es del mundo. Si uno no tuviera deseos de compartir espiritualmente con otros, indicaría que aún no ha tenido mucho disfrute personal de Cristo. Incluso en el mundo se reconoce que la compañía es esencial para el disfrute. El hombre está constituido de tal manera que obtiene la mayor parte de su placer al compartirlo. Se puede decir con seguridad que un hombre aislado tiene muy poco goce verdadero. Uno podría tener una multitud a su alrededor y, sin embargo, estar completamente aislado porque nadie compartía sus pensamientos y sentimientos. "En el día de vuestra alegría" (Números 10:10), y "Sacrificarás ofrendas de paz, y comerás allí, y te alegrarás delante de Jehová tu Dios" (Dt.27:7), y otros pasajes muestran cómo las ofrendas de paz estaban relacionadas con la felicidad del pueblo. Las organizaciones formales del mundo religioso privan a quienes están en ellas de mucha felicidad espiritual porque brindan muy pocas oportunidades para la comunión cristiana.

Si Cristo se ha convertido en nuestra porción con Dios que disfrutamos conscientemente, esto enciende el deseo de la comunión de los santos, de participar en una sociedad santa aquí en la que podemos alimentarnos de Cristo juntos. La comunión cristiana se refiere a Cristo; la doctrina de los apóstoles forma la comunión. No se trata de que muchas personas se pongan de acuerdo para andar y actuar bajo ciertos principios juntos; menos aún se trata de que estén de acuerdo en diferir: sino de que Cristo tiene un lugar en cada una. Se trata de que todos los corazones aprecien a una Persona y prefieran lo que es de esa Persona a lo que es de los pensamientos y gustos naturales de los hombres. No todos tienen la misma medida, sino todos tienen a la misma Persona en mente y se niegan a ceder lugar a ninguna otra.

El propósito del oferente al ofrecer es que él y otros puedan comer juntos en comunión con el altar. Anhela una comunión libre de las asociaciones egoístas e idólatras del mundo. Ha encontrado aquello que puede mantener y disfrutar con Dios.

"En tu gracia nos has llamado a ser partícipes de tu gozo; y a conocer el bendito secreto de su preciosidad para ti". La comunión cristiana es la comunión de la muerte de Cristo; es la comunión de su cuerpo y de su sangre. Esto se indica cuando la oferente mata al animal que ofrece. Discierne, en tipo, el cuerpo del Señor entregado en la muerte. ¡Cuán completamente esto elimina la comunión de todo lo que es natural y material! El oferente reconoce que no podría tener paz ni prosperidad, ni festividad ni comunión del carácter divino, aparte de la muerte de Cristo. De hecho, si pudiéramos concebir a Cristo como excluyente de todo pensamiento sobre su muerte, no tendría ningún valor para los hombres. Para cumplir la voluntad de Dios y nuestra bendición, Él murió aquí. ¿Estamos en

comunión con eso? No simplemente reconociendo que es la base de nuestra bendición, sino ¿en comunión con Él? Pone a uno en espíritu fuera de todo lo que es del mundo.

Luego, los sacerdotes "rocián la sangre sobre el altar alrededor". Esto implica inteligencia espiritual en cuanto a la importancia del acto, pues "los labios de los sacerdotes deben guardar el conocimiento" (Malaquías 2:7). En 1ª Corintios 10:15-16, leemos: "Hablo como a personas inteligentes; ¿juzgáis vosotros lo que digo? La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo?". La sangre de Cristo ha dado testimonio de toda la riqueza de la bendición del nuevo pacto en el corazón de Dios y ha demostrado que Dios bendeciría a los hombres infinitamente mediante la muerte. Ahora existe la capacidad sacerdotal para difundir, por así decirlo, el testimonio de lo que hay en Su corazón.

La sangre presentada del lado del hombre hacia Dios es para expiación; es completamente para Dios. Por lo tanto, "no comeréis sangre". Mientras el hombre esté en la tierra, debe reconocer los derechos de Dios sobre la vida. La sangre es para expiación y, por lo tanto, reservada para Dios. Pero en el Nuevo Testamento aprendemos que la sangre que ha hecho expiación es también el testimonio del amor de Dios. Esto es lo que la sangre es de parte de Dios hacia nosotros: el nuevo pacto en la sangre de Cristo. Esto se puede beber; de hecho, un hombre no tiene vida si no lo bebe; está abierto para que nos lo apropiemos libre y completamente. La copa del nuevo pacto en la sangre de Cristo es una copa de bendición, y la bendecimos, la elogiamos. Habla de todo lo que hay en el corazón del Dios bendito por los hombres, ahora expresado en la sangre de Cristo. Esta es la base de nuestra comunión. Habla de bendición fuera de la esfera del pecado y la muerte, bendición de un orden espiritual que podemos disfrutar juntos, lo que Dios es tal como se revela en gracia y amor. Los corazones de los santos prorrumpen en elogios de todo lo que la copa expresa; bendecimos la copa y nos regocijamos en los infinitos pensamientos de amor que han salido a la luz mediante la muerte de Cristo.

Aquellos que tienen que ver con Dios en relación con Cristo en carácter de ofrenda de paz pueden acercarle su comprensión de cómo la muerte y la sangre de Cristo han hecho posible para los hombres un nuevo y divino gozo en la bendición de Dios. La sangre alrededor del altar en este tipo insinúa que nos acercamos a Dios conocido en bendición, pero que es una bendición que no puede mezclarse con las festividades de un mundo idólatra. Su bendición que viene a través de la muerte es espiritual; está fuera de la región de la vista y los sentidos; es de una naturaleza que la muerte no puede tocar. Todo esto lo realiza quien se acerca con su ofrenda de paz, pues el altar es el lugar santísimo donde Dios conoce las cosas en su verdadero valor y bienaventuranza. Primero debemos saber qué es verdad de nosotros en el altar, es decir, en la cercanía a Dios, antes de que podamos ser marcados en este mundo como aquellos que tienen sus asociaciones en comunión con el altar.

Luego está la presentación y quema de la grasa de la ofrenda de paz. Es aquello de lo que se alimenta el Dios bendito, y en lo que nadie más puede participar. Nuestra comunión perdería su carácter verdadero y santo si no pensáramos primero en la porción de Dios; y si no reconociéramos que a Él le corresponde que la porción más rica y excelente en Cristo sea Suya. Hay un gozo peculiar en el reconocimiento de esto: que hay eso en Cristo que está reservado para el deleite de Dios. Si pensamos en QUIÉN era Él, debe ser así. Porque todo lo que Él era en Su Persona le dio carácter a lo que Él llegó a ser, ¿y quién sino Dios podría apreciar y apropiarse de todo eso? Digo "apropriarse" porque dos veces en este capítulo se le llama el "alimento" o "pan" de la ofrenda (v.11 y 16).

Piensen en la Persona que dijo: "He aquí que vengo a hacer, oh, Dios, tu voluntad", la suya era una voluntad perfecta y santa, pero se rindió en obediencia devota, a cualquier precio. Vemos algo de ese precio en Getsemaní. En el mundo donde el hombre había estado diciendo durante cuatro mil años: "hágase mi voluntad" —y esa era la voluntad de un ser caído y corrupto—, vemos a una Persona Divina encarnada, con una voluntad perfecta y santa, subordinándola por completo, y diciendo en el momento supremo, cuando todo el precio de hacer la voluntad de Dios estaba presente en Su espíritu: "¡No se haga mi voluntad, sino la Tuya!". ¿No nos damos cuenta de que había algo en eso que está más allá del alcance de la criatura? No podemos medir lo que se entregó para la gloria de Dios, y por lo tanto no podemos estimar lo que fue para Dios su entrega en sufrimientos y muerte. Pero podemos deleitarnos en ofrecerlo, y saber que la sola mención de ello es un deleite inefable para Dios. Es una característica muy bendita de nuestra comunión. Hay infinitamente mucho que podemos disfrutar juntos, y que podemos apropiarnos como alimento de nuestras almas, en esa santa Persona que se ofreció a sí misma, pero nuestro disfrute de ello se ve realizado por el pensamiento de que hay eso en Su ofrenda que sólo Dios puede estimar en su valor completo, y que es la porción y el deleite peculiares de Dios. Tenemos comunión con Dios, porque nos alimentamos de la misma bendita Persona, pero nos encanta reconocer con adoración que hay eso en Él, y en Su ofrenda, que está más allá de nosotros, y que es completamente para Dios. No podemos apropiárnoslo, pero podemos ofrecerlo. ¡Maravilloso privilegio! ¡Que seamos sacerdotes para ofrecer aquello de lo que sólo Dios puede alimentarse! "Toda la grosura será de Jehová" (versículo 16). "Y los hijos de Aarón la harán arder en el altar, sobre el holocausto que está sobre la leña que está sobre el fuego". Lo que hemos comprendido de Cristo en su carácter de holocausto y ofrenda vegetal, como se ve en los capítulos 1 y 2, se mantiene en nuestras almas y subyace a la ofrenda de paz. ¡Qué base tan maravillosa constituyen las tres ofrendas para la comunión de los santos!

¡El dulce olor de Cristo en el altar! Encontraremos mucha instrucción sobre la comunión con el altar cuando lleguemos al séptimo capítulo.

CAPÍTULO 4

Este capítulo presenta ejercicios que todos debemos asumir personalmente, pues Santiago nos dice que "todos ofendemos a menudo". Aquí no se hace referencia a los pecados voluntarios, pues Dios no contemplaría que Su pueblo pecara voluntaria o presuntuosamente. El pecado voluntario en las Escrituras es en realidad apostasía. Creo que la obra de la voluntad se tipifica en la lepra (Levítico 13, 14), y cuando la lepra brota, no sabemos cuál puede ser el problema. La sanidad sólo puede ser lograda por la misericordia y el poder soberanos de Dios. En tal caso, el hombre es impotente. Aquí está: "Si alguna persona pecare por inadvertencia contra alguno de los mandamientos de Jehová en cosas que no se deben hacer, e hiciere alguna de ellas". Se refiere a los pecados que se cometen por falta de vigilancia, por falta de un ejercicio adecuado en el temor de Dios. Se han desceñido los lomos y se ha permitido lo natural, lo que ha llevado a hacer algo que no debía hacerse. Primero se presentan los aspectos más graves de tal caso: el pecado del sacerdote ungido, el de toda la asamblea y el de un príncipe. Hay grados de ejercicio según la mayor o menor responsabilidad del cargo que ocupa quien peca.

"El sacerdote ungido" es el primer caso considerado. Es muy triste cuando alguien peca "según la transgresión del pueblo". Para un santo que ha sabido lo que es ser ungido —tener el Espíritu y estar en relaciones sacerdotales con Dios como alguien que posee conocimiento santo— olvidar, por así decirlo, la unción y actuar mal como una persona común, es muy grave.

¿Recordamos siempre el lugar peculiar y bendito que tenemos como ungidos? A veces me gusta recordarme a mí mismo mientras avanzo que pertenezco al Hombre a la diestra de Dios. ¡Soy de ese Hombre y tengo Su Espíritu! Pablo, refiriéndose a los santos, dice: "Así también es el Cristo" (1ª Corintios 12:12); los santos son la compañía ungida aquí abajo. "Orar en el Espíritu Santo" (Judas 20) implica que tenemos un lugar sacerdotal con Dios y que nuestros deseos no se mueven fuera de la región del Espíritu. Allí no hay pecado. Judas contempla la posibilidad de que los llamados de Dios, preservados en Jesucristo, sean guardados sin tropiezo. La segunda epístola a los corintios habla de los santos como ungidos por Dios, y la unción confiere capacidad sacerdotal. Para los tales, pecar es una deserción muy grave. Se trata, al menos por el momento, de poner en evidencia al hombre caído, no al Hombre a la diestra de Dios. No se trata simplemente de que haya obrado mal y me arrepienta —un hombre de mundo llegaría tan lejos—, sino de que mi profunda preocupación es haber permitido algo del hombre que está bajo juicio ante Dios. Y el pecado de un sacerdote tiene un carácter adicionalmente grave, puesto que afecta directamente al servicio de Dios, y toda la asamblea sufre en relación con ese servicio. De modo que, en sus consecuencias, es mucho más que una falta personal.

Cabe destacar que, en relación con el sacerdote, no se habla —como en el caso de la asamblea, el príncipe o uno del pueblo— de que su pecado se haga conocido.

Esto supone, en su caso, un cierto intervalo entre el pecado y su conocimiento como tal. Pero la omisión de esta declaración cuando se trata del sacerdote parece sugerir que el sacerdote ungido se daría cuenta de inmediato, intuitivamente, de que había hecho lo que no debía. Esto implica una santa sensibilidad en el sacerdote que uno codiciaría. Implica tal cercanía habitual a Dios que si, en un momento de descuido, uno ha hecho lo que no debe hacerse, se siente de inmediato y el alma se vuelve inmediatamente a Dios al respecto. Mi impresión es que el grado de santidad de un creyente —el grado en que realmente ha conocido lo que es ser un sacerdote ungido— se puede medir por su sensibilidad al pecado.

Cuando ha habido acciones, palabras o sentimientos que son de la carne, a menudo pasa algún tiempo antes de que haya un verdadero movimiento de auto juicio. Esto indica que no se ha conocido ni preservado la cercanía, o que la distancia que produce el pecado se sentiría más rápida y profundamente. En tal caso, el creyente se ha alejado —en cuanto a la condición de su alma— de su lugar con Dios como sacerdote ungido, aunque haya conocido anteriormente esa posición y carácter santos y cercanos. Si no estamos habitualmente cerca de Dios, podemos pasar mucho tiempo con lo que es realmente de la carne, sin percibirlo. Puede que se necesite una palabra dura a nuestras conciencias, o quizás un golpe seco de disciplina, para que lo entendamos. «Antes de ser afligido, descarriaba, pero ahora guardo tu palabra». Nuestra verdadera libertad es juzgar interiormente lo que es de la carne, de modo que, aunque lo discernamos plenamente y nos humillemos al discernirlo, no se convierta en un reproche público.

Si un sacerdote peca, no puede continuar con el servicio de Dios, pero para un corazón sacerdotal sensible, la restauración no es necesariamente un proceso largo. Es, de hecho, una grave falta que alguien así peque "según la transgresión del pueblo", pero la Escritura supone que está marcado por la sensibilidad propia de la unción sacerdotal. Es muy triste si falta esta sensibilidad; tal condición realmente desmiente el carácter de la unción.

En el momento en que se tiene conciencia de haber pecado, la provisión divina está disponible. Cristo es introducido de inmediato en carácter de ofrenda por el pecado. ¡Así es la gracia, la bendita gracia de nuestro Dios! Él no dice que el sacerdote debe arrepentirse profundamente durante tres meses, y luego, cuando se haya juzgado verdadera y profundamente, ¡puede traer una ofrenda por el pecado! Ese podría ser nuestro camino, pero no es el de Dios. El auto juicio profundo, santo y divino no se produce al pensar en el pecado, sino al comprender a Cristo en relación con él y al asumir ante Dios lo que le ha costado lidiar con él y apartarlo. Cristo está disponible por la gracia divina. ¡Nunca olvidemos eso! ¡Volvámonos a Dios de inmediato cuando haya habido un movimiento de la carne y aprovechémonos de Cristo en carácter de ofrenda por el pecado! ¡Cuidémonos del esfuerzo de Satanás por mantener el pecado ante nosotros, oscurecer

nuestras almas con él e impedirnos volvernos a Dios para que podamos aprender el valor de Cristo con relación a este!

El primer movimiento con respecto al pecado de un creyente es de parte de Jesucristo el justo. Lo tenemos como "patrón ante el Padre" (1ª Juan 2:1). Su intercesión resulta en ejercicios adecuados que se producen en el alma de quien ha pecado, y esos ejercicios se presentan típicamente en Levítico 4. Los tomamos a la luz de la gracia que está en "Jesucristo el justo", y es realmente el fruto de su servicio presente en la gracia que podemos tomarlos. Ser llevado de esa manera a través del ejercicio de un capítulo como este, por humillante que sea para nosotros, conduce a un gran crecimiento en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Si he pecado, es muy humillante para mí, pero Dios quiere que Cristo sea mejor conocido y más apreciado en mi corazón a través de ese pecado. Es la exposición para mí de lo que soy, pero si recurro a Dios al respecto, Él lo usará para ampliar mi conocimiento y aprecio de Cristo. En el caso del sacerdote se sugiere una gran aprehensión de Cristo: "un becerro joven sin defecto". La especial gravedad del pecado en tal persona tiene su respuesta en una aprehensión especialmente grande de Cristo en relación con él.

La ofrenda por el pecado en cada caso se lleva a la entrada de la tienda de reunión o al lugar del holocausto. Esto parece indicar una disposición a ser perfectamente abierto y franco sobre el asunto. Si realmente he aprendido algo más del valor de Cristo a través de mi pecado, puedo permitirme ser completamente franco al respecto. No quiero decir que sea necesario ni deseable hablar de nuestras malas acciones con todo el mundo, pero sí que debemos estar preparados para hacerlo si surge la ocasión. Es justo lo opuesto a intentar encubrir cosas para aparentar ser mejores de lo que realmente somos. Si los santos estuvieran más dispuestos a reconocer las cosas que, en su conciencia, saben que están mal, se promovería enormemente la comunión. Por supuesto, todo debe estar "delante de Jehová" para tener verdadero valor moral.

¡Piensen en la impresión que se causaría en todo Israel al ver al sacerdote ungido llevando su ofrenda por el pecado "a la entrada de la tienda de reunión delante de Jehová"! Es cierto que ha pecado, pero tiene algo mayor ante sí que su pecado. Él está "delante de Jehová" y, típicamente, posee una gran comprensión de Cristo. Su alma está llena de la comprensión de Cristo en relación con su pecado. ¿No creen que eso eliminaría la reticencia carnal a reconocer el mal que había cometido? No creo que a Pedro le importara que su falta quedara registrada para la iglesia. En cuanto a Moisés y David, son ellos mismos quienes han contado, de la manera más pública, la historia de sus faltas. Esto demuestra cuán completamente apartados estaban moralmente del pecado por auto juicio, de modo que no pensaban en preservar su propia reputación.

Si yo llegara a estar poseído ante Dios por Cristo en carácter de ofrenda por el pecado, estoy seguro de que me daría franqueza y transparencia. Estaría dispuesto a escuchar a Santiago, quien dice: "Confesaos, pues, vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados" (Santiago 5:16). Si

fuéramos más libres para confesar nuestras faltas, esto nos llevaría a orar más unos por otros. El confesionario es la parodia diabólica de esto, diseñada para someter a la gente al poder de un falso sacerdocio. Santiago dice: «Confesaos... unos a otros». Quienes se «confiesan» tienen tanto derecho a escuchar la confesión del supuesto «sacerdote» como él a escuchar la de ellos.

Si he obrado mal, hay elevación moral en reconocerlo, pero la carne lo considera degradación. Si he comprendido a Cristo en carácter de ofrenda por el pecado en relación con mi pecado, me librará del orgullo de la carne que se niega a reconocer el mal.

El sacerdote que pone su mano sobre la cabeza del becerro y lo degolla expresa su sentido de la necesidad de Cristo y su muerte en relación con el pecado cometido. Es un ejercicio profundo reconocer ante Dios que uno ha hecho algo por lo que Cristo tuvo que morir: uno ha dado lugar al hombre por quien murió. ¡Quizás haya dicho una palabra precipitada o haya permitido un sentimiento equivocado! ¿De dónde vino? El hombre del Salmo 51 rastrea su pecado hasta su raíz. "He aquí, en iniquidad fui engendrado, y en pecado me concibió mi madre". Mi pecado es la manifestación del hombre caído y pecador por quien Cristo murió para quitar. No estamos bien con Dios hasta que reconozcamos esto.

Cristo ha llevado el juicio del pecado; ha muerto para cerrar sacrificialmente la historia del hombre que sólo es malo continuamente. Si he permitido que algo de ese hombre se manifieste, Dios usaría el mismo ejercicio ocasionado por esto para darme una nueva lección en la apreciación de Cristo y su muerte. La muerte del becerro, la sangre, la quema fuera del campamento significan la completa eliminación de la presencia de Dios en la muerte sacrificial y el juicio del hombre según la carne. Al ser llevados a apreciar la muerte de Cristo, somos puestos en armonía con Dios en cuanto al pecado, en cuanto a la fuente de la que procedió, y en cuanto a la manera en que Dios lo ha tratado. Aprendemos a odiar el pecado; se convierte solo en una pena para nosotros. Jabes oró: «Que me guardes del mal, para que no me entristezca. Y Dios cumplió lo que había pedido» (1ª Crónicas 4:10). Cuando el mal es sólo una pena para nosotros, por lo que le costó a Cristo eliminarlo, podemos regresar conscientemente a la cercanía sacerdotal. Quizás esta sea la razón por la que no se dice del sacerdote ungido, como en los otros casos, que su ofrenda hace expiación por él, o que su pecado será perdonado. Al traer su ofrenda, el sacerdote regresa conscientemente a las relaciones sacerdotales con Dios. Eso implica expiación y perdón; lo mayor incluye lo menor. El sacerdote asume su santo servicio con una espiritualidad más profunda, como si hubiera adquirido una comprensión de Cristo en relación con lo que hay en sí mismo que antes no tenía.

El sacerdote lleva la sangre a la tienda de reunión y la rocía siete veces "delante de Jehová, ante el velo del santuario". ¡No una ni dos, sino siete veces! Esto indica cómo Dios quiere que el alma adquiera ante Él un sentido de la perfección de la eficacia de la sangre de Cristo para quitar la mancha de lo que ahora ha venido a la conciencia delante de Él. Esto no es ser lavados de nuevo en la sangre, ni

una reaplicación de la sangre en nosotros, como algunos enseñan anti bíblicamente. En cuanto a la justificación, o la no imputación de pecados, el creyente es "perfeccionado perpetuamente" por la única ofrenda de Cristo; Dios nunca se acordará de sus pecados e iniquidades para imputárselos. Véase Hebreos 9, 10. La eficacia de la sangre nunca disminuye ni cambia del lado de Dios, y el creyente se encuentra en toda su eficacia purificadora del pecado perpetuamente. Pero cuando peca, no puede seguir con Dios sin ejercicios morales mediante los cuales reconoce con Dios el precioso y santo valor de la sangre de Cristo.

La sangre puesta "en los cuernos del altar del incienso aromático" daría a entender que el oferente regresa a la libertad y la confianza en la oración, lo cual no podía hacer mientras su corazón lo condenaba. No ignora su pecado, pero este lo ha llevado, por gracia, a comprender a Cristo, lo que lo libera ante Dios. He oído que un hueso roto, al sanar, es más fuerte en ese lugar que en cualquier otro, y esto parece sugerirse como fruto de una ofrenda por el pecado que David hizo al pedir «que se regocijen los huesos que has quebrantado» (Salmo 51:8).

Entonces, toda la sangre del becerro, derramada «al pie del altar del holocausto», parece proporcionar una base, por así decirlo, para la ofrenda de la grasa. La sangre ha vindicado de tal manera cada justa pretensión del altar que el oferente ahora puede comprender el exceso. Si Cristo es conocido como la ofrenda por el pecado, su valor no podía limitarse a la eliminación de lo que es repugnante para Dios. La forma en que se hizo, y la excelencia de Aquel que se ofreció a sí mismo, fueron tales que se aseguraron para Dios una satisfacción y un beneplácito infinitos. Esa es la grosura. Forma, en cierto sentido, un vínculo con el holocausto. La restauración a la plena libertad con Dios no está completa hasta que se comprende cómo la ofrenda de Cristo por el pecado ha traído deleite para Dios. En lugar de la corrupción moral del hombre que se ha hecho evidente en el pecado, y que ha sido sacrificadamente aniquilado en la muerte de Cristo, existe la suprema excelencia de Aquel que es deleitoso para Dios, y su santa fragancia. El sacerdote reanudaría su servicio con la bendita conciencia de esto.

Si hemos pecado, el camino a estar bien con Dios y agradarle es valernos de Cristo como ofrenda por el pecado. A veces, gran parte del arrepentimiento que se siente no es realmente "dolor según Dios", sino la mortificación de la vanidad herida. Esto puede llevar a la resolución de ser más cuidadoso en otra ocasión, pero no conduce a una mayor aprehensión de Cristo ni pone el alma en paz con Dios.

La consumación completa en el santo juicio de lo que ofendía a Dios se ve típicamente en la quema de todo el becerro fuera del campamento. Esto implica un profundo sentimiento en el alma del rechazo total de Dios hacia el hombre de quien procedió el pecado. El mal cometido se rastrea hasta la raíz, como podemos ver en el Salmo 51, y el alma se pone en armonía con Dios en cuanto al carácter del hombre según la carne y en cuanto al juicio que ha venido sobre ese hombre en la muerte y el juicio de Cristo. Es allí donde realmente encontramos un "lugar

limpio", pues el hombre de pecado, vergüenza y contaminación es aniquilado en un sacrificio santo, y las "cenizas" hablan de un juicio eternamente agotado.

El caso del sacerdote precede al de "toda la asamblea", pues se necesitaría ejercicio y discernimiento sacerdotal para tener debidamente en cuenta el pecado de toda la asamblea, de modo que la ofrenda por el pecado, en vista de la sensibilidad sacerdotal y la restauración del servicio sacerdotal, sea lo primero. Nos queda observar la aplicación de los mismos principios a los diferentes casos que siguen.

El pecado de "toda la asamblea" es un asunto muy grave, porque, al igual que el pecado del sacerdote ungido, interfiere con el servicio de Dios. Si toda la asamblea peca contra "cualquiera de los mandamientos de Jehová en cosas que no deben hacerse", esto debe afectar el servicio de Dios. El asunto puede estar "oculto a los ojos de la congregación", pero no está oculto a los ojos del Señor, y en lugar de estar ante Él lo que es para Su placer, hay algo que es una ofensa para Él. Dudo que estemos suficientemente preocupados por el pecado de "toda la asamblea". Apocalipsis 2 y 3 nos muestra el pecado de toda la asamblea. Está oculto a los ojos de muchos, pero realmente se ha "dado a conocer"; el Señor lo ha dado a conocer. ¿Alguien se aventuraría a decir que el estado actual de "toda la asamblea" le agrada a Dios? No, es una ofensa para Él. Ha abandonado su primer amor, ha dejado de estar en sujeción a Jesús como Señor, no tiene a Cristo como Cabeza, ni reconoce de manera práctica la bendita realidad de la presencia del Espíritu Santo. Hay un orden establecido generalmente que es del hombre y no de Dios. La semilla de mostaza se ha convertido en un gran árbol. Todo esto es un pecado gravísimo, y el Señor ha dado a conocer que podría haber oportunidad de arrepentirse. En las epístolas a cinco de las asambleas (Apocalipsis 2 y 3) hay un llamado al arrepentimiento. «Los ancianos de la asamblea» han tenido la oportunidad de venir con la ofrenda por el pecado y poner sus manos sobre su cabeza. Si no hay arrepentimiento, el Señor seguramente quitará el candelero y vomitará a la asamblea de su boca. La situación está en vísperas de que esto suceda.

Muchos admitirán que las cosas no son como deberían ser, pero las excusarán alegando debilidad humana, errores de juicio o falta de luz. El Señor mismo, en su gracia, considera el pecado de Levítico 4 como cometido «inadvertidamente». Pero lo claro es que todo lo que el Señor desaprueba en la profesión cristiana es PECADO. En todas partes se le da lugar al hombre que fue condenado en la cruz. Todo lo que está mal en la profesión cristiana y es contrario a los mandamientos del Señor, proviene del hombre según la carne. El que trae la ofrenda por el pecado juzga esto a la luz del hecho de que Cristo llevó el juicio de ese hombre y murió para llevarlo a su fin ante Dios. En reconocimiento de esto, puede invocar al Señor con un corazón puro, como moralmente separado, por la muerte de Cristo, de ese hombre. Pero esto hace que el pecado de "toda la asamblea" sea un asunto muy grave, y cuando lo vemos desde esta perspectiva debemos tomar el camino de la separación.

Le preguntaría a cualquier corazón que ame al Señor Jesucristo con sinceridad: ¿Le gustaría continuar con algo que Él desaprueba? Si la congregación y los ancianos de la asamblea no traen la ofrenda por el pecado de la congregación, el individuo fiel debe hacerlo. ¿Y cómo podríamos invocar al Señor con un corazón puro si continuamos con cosas que Él nos ha hecho saber que son pecado? De ahí viene 2ª Timoteo. Debemos apartarnos de la iniquidad, separarnos de los vasos para deshonra y alejarnos de aquellos que tienen una forma de piedad pero niegan su poder.

Aquellos que reconocen el pecado de toda la asamblea y se valen de Cristo como la "ofrenda por el pecado de la congregación", pueden verdaderamente "invocar al Señor con un corazón puro"; y no dudo que tales puedan conocer algo del perdón en un sentido de asamblea. Si los rasgos espirituales de la asamblea se encuentran entre los santos en cierta medida, el servicio a Dios y el disfrute del privilegio de la asamblea constituyen una bendita evidencia de perdón y de misericordia restauradora. Creo que muchos han experimentado algo de la realidad de esto.

A principios del siglo pasado, muchas personas piadosas sintieron profundamente el pecado de la asamblea; no sólo sus fallas personales, sino que «toda la asamblea» se había apartado de los pensamientos de Dios. Se inició el ejercicio sacerdotal en cuanto a lo que era apropiado para Dios, y se dio mucha luz sobre sus caminos y propósitos, y sobre Cristo y la asamblea. Esto condujo a un juicio de las cosas a la luz de la muerte de Cristo y a un movimiento de separación, y el resultado ha sido un reavivamiento, en cierta medida, de los verdaderos rasgos espirituales de la asamblea, del servicio a Dios y del disfrute del privilegio de la asamblea.

Existe tanto el ejercicio de la asamblea como el ejercicio individual, y es más profundo que cualquier cosa puramente individual, porque está conectado con lo que es apropiado para Dios en su casa. De modo que para los santos que profesan caminar juntos como creyentes de la verdad y los principios de la asamblea, hacer algo en contra de cualquiera de los mandamientos del Señor, por inadvertida que sea, es un asunto serio. Pero la gracia ha anticipado la posibilidad de tal cosa y ha hecho provisión para ello. La ofrenda por el pecado de la asamblea corresponde a la del sacerdote ungido; el ejercicio en estos dos casos parece medirse por la estimación divina del pecado, y la comprensión de Cristo que lo satisface es muy completa. En los siguientes casos, no hay en cada uno el mismo grado de auto juicio ni de comprensión de Cristo; es según la medida y profundidad del ejercicio en cada uno. Pero en el caso del sacerdote ungido y la asamblea se requiere una medida divina de ejercicio, que tiene su respuesta en una profunda comprensión de Cristo.

No podemos seguir descuidadamente con las cosas de Dios. Hay una tendencia a restarle importancia a las cosas que en realidad son movimientos de la carne, pero si nosotros las restamos importancia a tales cosas, Dios no lo hace. "Seré santificado en los que se acercan a Mí, y en presencia de todo el pueblo seré

glorificado" (Lev.10:3). No podemos hacer lo que no se debe hacer y continuar con el servicio a Dios como si nada hubiera sucedido. Es necesario juzgarnos a nosotros mismos y presentar la ofrenda por el pecado. Pero la gracia ha provisto lo que ajustará completa y divinamente todo el asunto, y la gracia usaría incluso el pecado para profundizar nuestro autoconocimiento y darnos una mayor comprensión de Cristo.

"Un príncipe" o "gobernante" representa a alguien prominente en la congregación, alguien que ha cuidado el orden del pueblo de Dios. Es más grave para ellos pecar que para "uno del pueblo de la tierra", y por lo tanto, requiere una comprensión más fuerte y enérgica de Cristo en su carácter de ofrenda por el pecado para asegurar el perdón y la restauración. Quien haya sido de alguna manera prominente entre el pueblo de Dios debe haber ganado su lugar por poseer ciertas cualidades morales o formación espiritual. Sería un hombre moralmente superior a "el pueblo de la tierra"; de lo contrario, su lugar habría sido sólo una pretensión carnal. Pero no dudo de que esta escritura contempla a un verdadero "príncipe", no a un impostor carnal. Cuando el pecado de alguien llega a su conocimiento, da evidencia de que es un "príncipe" al traer una ofrenda "masculina". Tiene una comprensión más vigorosa de Cristo, y por lo tanto, un juicio propio más profundo, que "uno del pueblo de la tierra".

En el caso de alguien que ha sido un "príncipe", esto se buscaría con justicia en vista de la restauración de la confianza y la comunión, cuando su pecado había sido tal que interfería con estas. La ofrenda debe ser proporcional al oferente. En un "príncipe", Dios buscaría tal comprensión de Cristo que le daría gran energía al auto juicio. Tal persona no se escatimaría ni se protegería de ninguna manera. La energía espiritual con la que se juzgaría a sí mismo iría más allá de cualquier cosa que sus hermanos pudieran requerir. Sus ejercicios les darían una visión de las experiencias del alma que profundizarían la obra de Dios en sus almas.

David es el gran ejemplo en las Escrituras de un "príncipe" que pecó; es muy instructivo para nosotros observar los ejercicios de ofrenda por el pecado de David. Están completamente detallados para nosotros en los llamados Salmos penitenciales (Salmos 6, 32, 38, 51, 102, 130, 143). Estos Salmos no sólo son un estímulo para las almas en ejercicio, sino que nos dan una idea de experiencias que quizás estén más allá de nuestra propia profundidad moral. Ministran al autoconocimiento y al conocimiento de Dios. Debemos meditarlos cuidadosamente en relación con la ofrenda por el pecado. Cada uno fue escrito por un "príncipe".

Cristo siempre está disponible como ofrenda por el pecado, y cuanto antes nos aprovechemos de Él, mejor. Es bueno estar tan establecidos en la gracia que cuando pecamos nos aprovechemos de inmediato de Cristo como ofrenda por el pecado. Dios busca una comprensión de Cristo como ofrenda por el pecado.

En proporción a la capacidad espiritual del individuo. Lo que se menciona en las Escrituras como pecar voluntariamente es alejarse de Cristo; apartarse deliberadamente de la ofrenda por el pecado, como hacen los apóstatas. Si alguien hace eso, no hay otro remedio disponible; no queda nada que lo lleve al arrepentimiento.

La gracia es el verdadero poder de la santidad. La gracia nunca excusa el pecado ni lo minimiza, sino que me muestra al Santo de Dios yendo a la cruz y siendo hecho pecado. En su angustia y sufrimiento indecibles aprendo lo que es el pecado ante Dios, y que ha sido juzgado en Él para que yo pueda aprender a juzgarlo en mí mismo.

Si el pecado de un creyente es de tal naturaleza que suspende la confianza y la comunión de sus hermanos, esa confianza no puede restaurarse sin la evidencia de que se ha juzgado a sí mismo. ¡Dos pájaros o un puñado de harina no bastarían ni serían aceptados si un hombre trajera una oveja! Se acepta una cabra hembra de "uno del pueblo de la tierra", pero un "príncipe" debe traer un macho. La medida del auto juicio de uno es la medida en que hemos aprehendido a Cristo como la ofrenda por el pecado, y en un "príncipe" Dios busca que esto sea un ejercicio enérgico. No es decir a la ligera, "Lo siento". ¡Qué aguda profundidad de auto juicio aparece en los Salmos a los que nos hemos referido! Son los ejercicios de un "príncipe" que pecó, y se han convertido en instrucción moral para todo el pueblo de Dios. Vemos allí un carácter y una energía de auto juicio que es maravilloso, y al mirar hacia mayores profundidades de autoconocimiento experimental en otro de lo que hemos sondeado en nosotros mismos, nos muestra lo que somos. Así, profundizamos moralmente y obtenemos un verdadero sentido de aquello por lo que murió Cristo. Cuando alguien llega a la raíz del problema, como David, deja de buscar excusas.

La sangre que se coloca en los cuernos del altar del holocausto y la grasa quemada en el altar vinculan la ofrenda por el pecado con el holocausto. No creo que nadie pase por el ejercicio de la ofrenda por el pecado con Dios sin llegar al holocausto. El Salmo 51 es un profundo ejercicio de ofrenda por el pecado, pero termina con el pensamiento del holocausto, y Dios haciendo el bien a Sion y edificando los muros de Jerusalén. No sería propio de Dios dejarnos simplemente con el pensamiento negativo de ser liberados del pecado. No nos vamos de la presencia de Dios sin percibir el dulce olor de Cristo en su carácter de holocausto. No sólo estamos en perfecta limpieza del pecado, sino que estamos en aceptación divina. Y la idea de que se haga el bien a Sion sugeriría que cada ejercicio de ofrenda por el pecado contribuye a la fortaleza y bendición de la asamblea. La experiencia de quien trae su ofrenda por el pecado —lo que ha adquirido de Cristo en relación con su ejercicio— resulta en una contribución al bien de la asamblea. Y la mención de la ofrenda de paz (v.26, 31) parecería sugerir la restauración del privilegio de la comunión con el pueblo de Dios. Si un hombre está realmente bien con Dios, también estará bien con sus hermanos.

Si un hermano ha pecado, Dios lo animaría a valerse de Cristo como ofrenda por el pecado. Eso es lo primero que debe preocuparnos. Si llega a comprender a Cristo y su muerte en relación con su pecado, se juzgará a sí mismo. Entonces será un hombre espiritualmente más profundo —un hombre "convertido" o "restaurado" (Lucas 22:32)— y estará disponible, como Pedro, para el consuelo y el fortalecimiento de sus hermanos. El poder de Dios en la gracia es tal que quien ha pecado puede ser completamente restaurado a la confianza de los hermanos y serles de mayor ayuda que antes. Esto muestra quién es Dios, y cuanto mejor lo conozcamos, más capacitados estaremos para ayudar en la restauración de quienes pecan. Pero esta es una obra sacerdotal. Requiere que comamos la ofrenda por el pecado de nuestros hermanos (Lev.6). De esta manera, hacemos nuestro el pecado. De hecho, nunca podemos pensar ante Dios en el pecado de un hermano o hermana sin darnos cuenta de que es un espejo en el que podemos ver lo que somos nosotros mismos. Pero al comer la ofrenda por el pecado también nos damos cuenta de lo que el pecado le ha costado a Cristo y cómo sólo Su muerte pudo eliminarlo. Entonces podemos asumir la defensa y orar por nuestro hermano. En 1ª Juan, Jesucristo, el justo, es el Abogado, y al final de la epístola, los santos son puestos en el lugar de la defensa: "Si alguno ve a su hermano cometer un pecado que no sea de muerte, pedirá, y se le dará vida; para los que no pecan de muerte" (1ª Juan 5:16). Si oras por un hermano, tienes el derecho moral de ir a él y hablarle como alguien que ha hecho suyo su pecado. Quien lo haya hecho tendrá poder moral.

Poco es necesario agregar sobre la ofrenda por el pecado de "uno del pueblo de la tierra", salvo señalar que el oferente en este caso típicamente trae una comprensión más débil de Cristo que el "príncipe"; trae una cabra o una oveja. No es que su pecado sea más fácilmente expiado, o que algo menor que el valor total de la muerte de Cristo podría expiarlo. Pero en estos capítulos nos ocupamos de Cristo y su muerte tal como la conocen y comprenden la fe y los afectos de los santos, y en esto no podemos ir más allá de nuestra medida. Quizás las tres clases de las que se habla en este capítulo podrían corresponder de alguna manera a los tres grados de Juan de bebés, jóvenes y padres. Dios no buscaría en un bebé la medida de ejercicio que buscaría correctamente en un padre. Pero las cosas tienen que ser tomadas en verdad según nuestra medida. El alma tiene que valerse de Cristo y comprender la importancia de Su muerte para que pueda haber un verdadero juicio de la raíz de donde procedió el pecado. Si pecco, tengo derecho, por la gracia infinita, a poner mi mano sobre Cristo, y Él nunca está lejos. La ofrenda por el pecado siempre está a la puerta, como Dios le dijo a Caín. Todo ha sido alcanzado y juzgado en la muerte de Cristo; nos corresponde a nosotros llegar a comprenderlo. Entonces no sólo nos juzgamos a nosotros mismos correctamente, sino que obtenemos un bendito sentido de perdón y una mayor apreciación de Cristo.

CAPÍTULO 5

Es notable que la sección de este libro que se refiere a la ofrenda por el pecado sea más larga que la que se refiere a las demás ofrendas; se extiende del capítulo 4:1 al capítulo 5:13. Luego, la ofrenda por la culpa se encuentra en el capítulo 5:14 al 6:7. El hecho de que haya que decir tanto sobre este tema es una triste evidencia de la existencia de mucho entre el pueblo de Dios que lo requiere. En los versículos 1-6 de este capítulo tenemos tres ejemplos específicos, que probablemente cubrirían en principio todo tipo de pecado entre el pueblo de Dios. El primero es la falta de testimonio; el segundo es la falta de mantenimiento de la separación; y el tercero es la falta de sobriedad o autocontrol.

El primer caso de culpa es el de quien se abstiene de expresar aquello de lo que debería dar testimonio. Esto demuestra que es probable que algo así ocurra entre el pueblo de Dios. Se han conocido casos de personas que, estando en posición de dar testimonio de un mal que debería haberse dado a conocer, no lo han expresado. Este es un asunto serio, pues se dice de ellos: «Si no da información, cargará con su iniquidad».

Pero hay otro aspecto al que esto se aplicaría. Se nos deja aquí en el lugar de dar testimonio de Cristo, y hay momentos en que se nos desafía directamente —cuando «oímos la voz de conjuro»— y si no damos testimonio, somos culpables. El Señor oyó «la voz de conjuro» cuando estuvo ante el Sumo Sacerdote (Mateo 26:63), y dio testimonio de una buena confesión. Somos responsables de ser confesores de la verdad —confesores de Cristo—, pero a menudo no expresamos lo que deberíamos testificar; nos apartamos del reproche que está conectado con el Nombre del Señor Jesús. Cristo Jesús dio testimonio de la buena confesión en presencia del Sumo Sacerdote y de Poncio Pilato (1ª Timoteo 6:13), y esto demostraría que la "confesión" no se da entre creyentes, sino en presencia del mundo hostil. No significa decirles a los cristianos que uno cree en Jesús, sino reconocerlo ante los incrédulos.

La verdadera confesión es la respuesta a un desafío. En la escuela, en la oficina o en el trabajo, te piden que hagas algo o que vayas a algún lugar, y estás obligado a negarte porque sabes que no agradaría al Señor Jesús. Entonces viene el desafío: "¿Por qué no?". ¡Ahora tienes que expresar lo que hay en tu corazón! A veces evadimos el reproche —que es realmente un privilegio y un honor— simplemente diciendo: "No voy al cine", o lo que sea. ¡Pero díles por qué! El Señor Jesús se ha vuelto grande y precioso para ti. En presencia de aquellos para quienes Él no es nada, confiesa que Él es grande para ti, ¡Él es Señor para ti! Tal confesión implica un costo, porque implica llevar el reproche de Cristo; ese es realmente el mayor y más verdadero honor.

Nuestro testimonio debe ser de lo que hemos "visto o conocido" en Cristo. Si hemos recorrido el camino moral trazado en este libro y hemos aprendido a Cristo como el holocausto, la oblación, el sacrificio de paz y la ofrenda por el pecado, Él

ha adquirido un gran lugar en nuestros afectos, y debemos dar testimonio en consecuencia. Hemos "visto o conocido" algo que vale la pena confesar. ¡Entonces confesémoslo! Muchos se retraen porque sienten que lo arruinarán. Tal vez tú lo hagas, pero no importa, ¡Dilo! Hay un tremendo poder en simplemente decir: Jesús es Señor para mí. El hombre a quien se lo dices sabe, en el fondo, que Jesús debe ser su Señor, y su conciencia respaldará tu confesión, diga lo que diga, y el Espíritu Santo también la respaldará. Algunos se abstienen de dar testimonio de lo que han "visto y conocido" por temor a no ser coherentes. Pero el testimonio recibe apoyo Divino; todo el poder del reino de Dios respalda a quien confiesa al Señor Jesús. Satanás nos impediría ser verdaderos testigos para que no obtuviéramos el apoyo del reino. Un hombre que en un país extranjero se avergonzara de la bandera británica no podía esperar el apoyo del poder británico si se metía en dificultades. Puedes estar seguro de que en el reino de Dios la bandera será honrada y apoyada. Entonces no nos avergoncemos de ella.

¡Supongo que la mayoría de nosotros sabemos lo que es haber pecado al no expresar lo que había en nuestros corazones! ¿Por qué no lo pronunciamos? Porque nos acobardamos ante el costo y perdimos la oportunidad de evidenciar a Cristo. Fue, por el momento, ocultar a Cristo y retener el yo. Toda confesión verdadera evidencia a Cristo de una manera positiva; hay algo agresivo en ella; es un complemento a la vida tranquila y retraída de quien no quiere al mundo ni sus cosas. Uno no puede evitar sentir que a menudo se retiene el testimonio de lo que se ha "visto o conocido". Y tal retención, cuando uno es definitivamente desafiado, es pecado.

Luego, en los versículos 2 y 3, se trata de tocar lo que es inmundo. El mundo está lleno de muchos tipos y grados de inmundicia, como vemos en figura en estos versículos. Cosas grandes y cosas pequeñas: bestias, ganado o cosas que se arrastran. A menos que preservemos la separación, no sólo hay fracaso personal, sino que la comunión se ve comprometida. "Por lo cual Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, Y no toquéis lo inmundo, Y yo os recibiré, Y seré para vosotros por Padre, Y vosotros seréis para mí por hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso" (2ª Cor.6:17-18). No podemos estar en términos de intimidad y amistad con los inconversos, o hacer compañeros de ellos y caminar en sus caminos, sin ser contaminados. Las criaturas inmundas del versículo 2 quizás tipifiquen cosas externas a uno mismo: la asociación con incrédulos, como se menciona en 2ª Cor.6. Mientras que la "inmundicia del hombre" (versículo 3) quizás sea más lo que encontramos en 2ª Cor.7:1. "Así que, amados, teniendo estas promesas, purifiquémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios". Esa es toda inmundicia que encontramos en nosotros mismos; tenemos que preservar la pureza de toda ella.

La tercera forma de pecado específico (versículo 4) es "hablar precipitadamente con los labios, para hacer el mal o para hacer el bien, en todo lo que un hombre diga precipitadamente con juramento". Si fuera "hacer el mal", uno nunca debería haberlo dicho; si fuera "hacer el bien", uno no debería decirlo sin hacerlo.

El pecado aquí radica en la precipitación de lo que se dice, y cuanto más precipitado es un hombre en su habla, más probable es que fortalezca lo que dice con un juramento. Véase Mateo 26:74. La aserción fuerte se identifica muy a menudo con la precipitación y el pecado. Un hombre cuyas intenciones y propósitos se forman en el temor de Dios no habla precipitadamente, ni necesita usar nada en la naturaleza de un juramento. Nuestro Señor ha dicho: "Pero sea vuestra palabra: Sí, sí; No, no; pero lo que es más de esto proviene del mal (o del maligno)" (Mateo 5:37). ¡Ay! ¡El estado indómito del corazón a menudo se revela en la precipitación de los labios! De hecho, Santiago dice: "Si alguno no ofende en palabra, es un hombre perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo".

Si uno ha pecado de cualquiera de las tres maneras mencionadas aquí, llega el momento en que lo reconoce. La palabra profética llega, ya sea en secreto o a través del ministerio, y se tiene la conciencia de haber permitido lo carnal. Una nube ensombrece el gozo; no hay libertad en el servicio del Señor, ni en la oración, ni en la comunión con los hermanos. Entonces, un alma recta se vuelve a Dios en confesión y trae su ofrenda por la culpa. Se provee para la purificación y para aprender de una nueva manera el valor de Cristo, como vimos en el capítulo 4.

Es muy alentador ver la gracia que provee para quien no puede traer una oveja o una cabra. El contemplado en los versículos 7-10 es más débil en sus ejercicios y en su comprensión de Cristo. Pero recibe purificación y perdón, aunque sólo puede traer "dos tórtolas o dos pichones". Dios toma en cuenta las condiciones reales que se encuentran entre Su pueblo, y en esto las medidas de todos no son iguales. No hay en todos la misma capacidad para la aprehensión de Cristo, y por lo tanto, no hay la misma capacidad para el auto juicio. La causa de estas diferencias, y de que algunos tengan menos habilidad que otros, no se explica aquí, y no necesitamos intentar dar cuenta de ello. Existe como una cuestión de hecho, y Dios la reconoce, y nosotros tenemos que reconocerla. Hay diferencias morales, así como hay diferencias mentales y físicas. En este capítulo Dios toma en cuenta en gracia las diferentes capacidades en Su pueblo. El hombre que trae dos pájaros tiene una aprehensión menor que el que trae una oveja. Pero incluso él es capaz de discernir la diferencia entre Cristo como la ofrenda por el pecado y como el holocausto. La segunda ave parece ocupar el lugar de la grasa en las ofrendas mayores, e introduce la idea de la bendita aceptabilidad —la excelencia positiva y la dulce fragancia— de Cristo en la ofrenda de Sí mismo. De modo que indica una aprehensión en el oferente no sólo de la liberación, sino del excedente que le asegura, mediante la muerte de Cristo, el regreso al gozo de la aceptación.

Hay una medida aún menor en quien trae "la décima parte de un efa de flor de harina". Esto representa la medida más débil de ejercicio que se toma en cuenta en este contexto. No hay una verdadera percepción en tal oferente de que su pecado requiriera la muerte de Cristo. No lo mide en su verdadera gravedad, ni se da cuenta de que el pecado es algo tan solemne que la muerte es su castigo. Pero tiene la sensación de haber obrado mal, y también tiene una sensación de

la perfección de Cristo. Podría decir de Él, como el ladrón: "Este hombre no ha hecho nada malo". Se juzga a sí mismo en cierta medida —quizás una pequeña medida— a la luz de lo que Cristo fue. Y tiene la convicción de que sólo lo que se vio en Cristo le servirá ante Dios; él tiene la impresión en su alma de que Cristo es necesario, y tiene que tratar con Dios sobre su pecado consciente de ello, y en la gracia de Dios obtiene perdón.

Es maravilloso cómo Dios acepta cualquier medida de verdadero ejercicio, y cualquier medida en que un alma comprenda a Cristo y se juzgue a sí misma a la luz de Cristo, y esto debería tener su respuesta en lo que buscamos unos en otros. No debemos esperar encontrar la misma profundidad de auto juicio en todos. Si tenemos que tratar con un hermano cuyos ejercicios son débiles, tendemos a decir que hay poco en él. Esto quizás sea cierto, pero no debería llevarnos a pensar poco de él. Hay más necesidad de nuestro servicio sacerdotal por él, y de que se le cuide y ayude. Si lo considero insignificante, ¡demuestro que no entiendo su valor divino más de lo que él mismo lo entiende!

Estas provisiones hechas en gracia no excusan de ninguna manera el descuido o la ligereza en cuanto al pecado. Nadie puede decir: No importa si me juzgo profundamente o no. Dios conoce nuestra capacidad, y si debemos traer una oveja, Él no aceptará un puñado de harina. ¡Podemos estar seguros de que el sacerdote nunca aceptaría dos pájaros de un hombre que pudiera traer una cabra! Pero al recordar esto en cuanto a nosotros mismos, debemos recordar en cuanto a los demás que no todos tienen la misma comprensión de Cristo en carácter de ofrenda por el pecado, y por lo tanto no tienen la misma capacidad para el auto juicio. Y las provisiones de este capítulo satisfacen muy amablemente los ejercicios de muchos que han pecado, cuya angustia es que no se sienten capaces de juzgarse a sí mismos tan profundamente como les gustaría hacerlo. Satanás a menudo usa esto para mantener a las almas en esclavitud. Si eres consciente de que has pecado, y si has tenido que lidiar con Dios al respecto en la realidad espiritual, y te has valido de Cristo como ofrenda por el pecado según tu medida, puedes tener la plena seguridad de que el pecado está perdonado. Y tu capacidad moral realmente aumenta con el ejercicio; estás aprendiendo más plenamente a distinguir "el bien del mal" (Hebreos 5:14), y a juzgar este último en vista de Cristo y su muerte.

Llegamos a la ofrenda por la culpa en los versículos 14-19. La diferencia entre la ofrenda por el pecado y la ofrenda por la culpa parecería ser que en la ofrenda por el pecado la ofensa se considera una cuestión de lo que se debe a Dios en su naturaleza santa y a su morada en medio de su pueblo. Por lo tanto, se necesitan la confesión del pecado y el santo ejercicio del auto juicio conectado con la comprensión de Cristo en el carácter de ofrenda por el pecado. Pero el pecado a menudo debe considerarse no sólo como una ofensa a Dios en su naturaleza santa, sino como una ofensa contra su gobierno. Es en relación con su gobierno que la restitución entra en juego. Si uno ha sido infiel en las cosas santas de Jehová no

basta con confesar y presentar una ofrenda por el pecado. Debe restituirse el mal cometido; debe corregirse. Había algo debido a Dios que no se pagó a su tiempo, y las cosas no estarán bien hasta que se pague.

"Si alguno actúa infielmente y peca por inadvertencia en las cosas santas de Jehová". Tal persona ha dejado de pagar lo que se le debía a Dios. Los diezmos son lo último que se menciona en este libro, y son "santos para Jehová" (Levítico 27:30-33). No había prosperidad en Israel cuando no se traían los diezmos (Véase Malaquías 3:8-12). Nuestras vidas deben estar ordenadas de tal manera que haya algo distintivo para Dios. Cuando esto es así, la manera en que actuamos en nuestros hogares y en nuestros negocios, ministra a nuestro alimento espiritual y nos ayuda como levitas (Véase Deuteronomio 14:22-23, 29; Números 18:21). Si se entregan los diezmos, hay alimento en la casa de Dios (Malaquías 3:10), y puedes estar seguro de que si ministras a la casa, ¡la casa te ministrará a ti! Entonces el extraño, el huérfano y la viuda tendrán su parte; la gracia fluirá en todas direcciones donde haya necesidad. Si hay falta de alimento y bendición, surge la pregunta de si "todo el diezmo" ha sido traído "a la tesorería". Si pensáramos más en Dios y en su porción, el resultado sería mucho alimento para disfrutar cuando nos reunimos (Deuteronomio 14:22-23). Y lo que somos como habitantes de la tierra ministraría a lo que somos como levitas.

No cabe duda de que hay mucha infidelidad en las cosas santas de Jehová. Pero un alma realmente consciente de haber pecado de esta manera se esforzaría por compensar la deficiencia, e incluso por ir más allá. Y es notable que el principio de la "valoración" entra aquí. Esto no se deja a la conciencia individual, sino a la valoración de Moisés. Si hay una transgresión en las "cosas santas", nadie puede estimarla excepto Aquel que es el Hijo sobre la casa de Dios. En cuanto a las cosas santas de Dios, Cristo es el único que puede estimar con justicia la infidelidad y lo que se necesita para corregir las cosas. Debe haber una relación especial con Él. Es importante para ver que existe algo así como "el shekel del santuario". Es decir, un estándar divino de valor moral. Hoy en día, la gente no considera gran cosa una transgresión en las "cosas santas". Es espantoso cómo se juega con las cosas santas y se las convierte en el juguete de la mente humana. Se ignoran los derechos redentores de Dios y se profana la santidad de su santuario de innumerables maneras. Pero hay Uno que estima todo correctamente. Vemos esto en Apocalipsis 2 y 3.

Si ha habido infidelidad en las "cosas santas", uno debe acudir al Señor al respecto y obtener Su valoración. Esto introduce una marcada diferencia con la ofrenda por el pecado, en la que la ofrenda es según la capacidad del que ha pecado. En la ofrenda por la culpa todo es según la valoración de Moisés. Esto conlleva una estimación divina, y por lo tanto, en cada caso, la ofrenda es un carnero.

Moisés es un tipo de Cristo como Hijo sobre la casa de Dios; cada transgresión debe ser valorada por Él. Los versículos 17-19 se refieren expresamente a alguien que ni siquiera sabe que ha pecado. «Sin embargo, es culpable, y llevará su

iniquidad... ciertamente ha pecado contra Jehová». Siempre debemos recordar la posibilidad de haber pecado sin saberlo. Pablo dijo: «No tengo conciencia de nada en mí mismo; pero no por esto soy justificado; pero el que me examina es el Señor» (1ª Corintios 4:4). Puede que yo no sepa que he pecado, ¡pero Moisés sí! ¡Cuán importante es entonces tener trato con el Señor y obtener su valoración de las cosas! Confío en que nuestras almas sientan la necesidad de retomar el ejercicio del Salmo 139: «Examíname, oh, Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí, camino de perversidad (o idolatría); y guíame en el camino eterno». Recibiremos la valoración del Señor en el tribunal, pero sería mejor obtenerla de antemano. Porque la ofrenda por la culpa está disponible ahora y da la oportunidad de aumentar el conocimiento de Cristo. Los creyentes a veces temen enfrentar las cosas con el Señor: no saben cuánta ganancia hay en hacerlo.

Recibir la valoración de Cristo conduce a presentar una ofrenda de plena madurez y fortaleza, y esto asegura una energía correspondiente de auto juicio. Cristo valora «por siglos de plata, según el siglo del santuario». Él conoce perfectamente los derechos divinos que han sido infringidos y la santidad del santuario que ha sido ofendida. Y el resultado de relacionarnos con Él es que podemos traer el carnero de la ofrenda por la culpa. Un carnero indica madurez y energía; es una comprensión muy fuerte y distintiva de que Cristo cubre con el valor de su muerte el pecado cometido en “las cosas santas”.

Si hemos pecado en relación con las “cosas santas”, tenemos acceso a una maravillosa medida de restauración por la gracia de Dios. Quien trae la ofrenda por la culpa tiene la capacidad de restituir e incluso de añadir la quinta parte. Así, Dios obtiene más de lo que habría obtenido originalmente.

Tras el fracaso y la restauración de Marcos, Pablo pudo decir que le era útil para el ministerio, y su Evangelio indica un profundo aprecio por Cristo. No dudo de que él comprendió la valoración divina de las cosas, y trajo su ofrenda por la culpa e hizo la restitución con una quinta parte añadida. Todos hemos ganado gracias a su ejercicio. El alma que haya traído el carnero de la ofrenda por la culpa será, de ahora en adelante, un contribuyente más importante en la asamblea.

Si el pueblo de Dios ha ignorado algún principio divino, la transgresión no se corregirá hasta que acepten ese principio y actúen en consecuencia. Y cuando dicha transgresión se percibe correctamente, conducirá a un cuidado especial de ese principio, lo cual correspondería con la "quinta parte" añadida.

La ofrenda por la culpa implica restitución. La gracia interviene para permitir una reparación completa. No se trata simplemente de que se haga expiación, sino que, ya sea en el caso de lo que se debe a Dios o al prójimo, se paga plenamente con una quinta parte añadida. Supongo que Marcos, al ir a estar con Pablo en la prisión de Roma al final de su vida, en realidad estaba asumiendo un servicio más difícil y peligroso que el que había rechazado en días anteriores. Añadió la

quinta parte. No se trata simplemente de ser perdonado y seguir adelante con Dios como perdonado, sino que el fracaso se repara, de modo que aquel cuyos derechos habían sido infringidos está en mejor situación que antes. He perjudicado a un hermano, he dicho algo falso sobre él o algo similar, y realmente he traído la ofrenda por la culpa según la valoración del Señor, la restituiré por completo. No tendré miedo de defraudarme demasiado; añadiré la quinta parte. Y el resultado será que el hermano al que he perjudicado pensará mejor en mí que antes, porque ahora ha visto más de la gracia de Dios en mí. Así, Dios ha ganado, porque ha obtenido el carnero de la ofrenda por la culpa; Aquel contra quien se transgredió también ha ganado, porque todo lo que había sido quitado ha sido restaurado con un veinte por ciento añadido; y el transgresor ha ganado, porque ha aprendido a distinguir entre el bien y el mal en una forma más verdadera, y ha adquirido una comprensión de Cristo que no tenía antes, de manera que la asamblea también gana. ¡Cuán feliz seríamos si cada mal entre el pueblo de Dios se corrigiera de esta manera! Y esto es, sin duda, lo que la gracia de Dios produciría. Es un buen final para los ejercicios que nos presentan Levítico 4 y 5.

'Una cosa confiada o un depósito' (Lev.6:2-7) puede sugerir que tenemos una buena confianza en el pueblo de Dios, y es un ejercicio serio en cuanto a si somos fieles a la confianza y cumplimos con sus obligaciones. Todo lo que tenemos de Cristo y de la preciosa verdad de Dios pertenece a todos nuestros prójimos. Lo tenemos, en cierto sentido, en depósito para todos los santos, y tenemos la obligación de asegurarnos de que, en la medida de lo posible, ellos obtengan lo mejor de ello. A veces, uno siente ganas de decirles a los creyentes: «Tengo a mi cargo una propiedad muy valiosa suya, y cuanto antes la reclame, más satisfecho estaré». Toda la preciosa verdad con respecto a Cristo y a la asamblea es un «buen depósito confiado», y tenemos la santa responsabilidad de asegurarnos de que no sufra ninguna disminución ni daño en nuestras manos, sino que se preserve en todo su valor y se conserve fielmente para toda la iglesia a la que pertenece. El evangelio, también es un depósito sagrado. Estas cosas no deben considerarse como si fueran de nuestra propiedad exclusiva; pertenecen a muchos otros. Pablo tenía la sensación de que se le habían confiado cosas, y se esforzaba por no ser culpable con respecto a ellas (Romanos 1:14-15; 1ª Corintios 9:16-23; 1ª Timoteo 1:11; etc.).

CAPÍTULO 6

Este capítulo, y el siguiente, nos da la ley de las ofrendas, y esto es principalmente para "Aarón y sus hijos". Es decir, ve las ofrendas desde el punto de vista de las actividades sacerdotales, y esto exclusivamente hasta que se trae la ofrenda de paz, cuando el alcance se amplía a "los hijos de Israel", y el pensamiento de comunión es la nota final. "La ley" indica el principio fijo sobre

el cual debe llevarse a cabo el servicio de Dios. Si no hay ejercicio sacerdotal con respecto a Cristo en el carácter de holocausto, oblación y ofrenda por el pecado, la comunión del pueblo de Dios se verá afectada. La falta general de ejercicios sacerdotales en Corinto condujo a cosas que comprometieron la comunión. Pero hubo actividad sacerdotal por parte de algunos y por parte de Pablo, y el resultado fue que el Señor dio un ministerio profético que produjo auto juicio y restauró las condiciones divinas de comunión. Un sacerdote es una persona espiritual que considera primero lo que se debe a Dios.

Lo primero en la "**ley del holocausto**" es que "el holocausto estará sobre el fuego encendido del altar toda la noche hasta la mañana, y el fuego del altar se mantendrá encendido sobre él". La "noche" indica el carácter del período que siguió a la ofrenda de Cristo. Se acerca la "mañana", prefigurada por la dedicación de la casa por Salomón (2ª Crónicas 5-7), cuando habrá alegría universal sobre la base del holocausto, y la tierra se llenará de gloria divina. Pero mientras tanto, es "noche". Cristo es desconocido y rechazado; este todavía es el tiempo de su libretar y sufrimientos.

Fue por el Espíritu eterno que Cristo se ofreció sin mancha a Dios. Sus perfecciones internas fueron probadas por todo lo que Dios es en santidad contra el pecado. Esa prueba sacó a relucir el dulce aroma de la perfección infinita. Nunca se repetirá. "Las cenizas" son el testimonio de que esa prueba ha pasado y nunca más se puede repetir. Fue un "holocausto completo"; todo lo que era Cristo fue consagrado por completo a Dios en el lugar del sacrificio, y encontrado infinitamente perfecto y fragante. Todo se cumplió en la ofrenda de Cristo de una vez para siempre.

Pero el "fuego continuo" en el altar habla de cómo la fragancia de Cristo se perpetúa ante Dios en las alabanzas de los santos. Es tarea de los sacerdotes mantener el fuego encendido. Véanse los versículos 9, 12 y 13. Debe arder "toda la noche hasta la mañana". Esto debe continuar continuamente como servicio sacerdotal. Se deben mantener afectos fervientes en los que la preciosidad y las perfecciones de Cristo sean apreciadas por el Espíritu de tal manera que asciendan a Dios en continua alabanza. Los cánticos graduales conducen a este punto. «He aquí, bendecid a Jehová, todos los siervos de Jehová, los que de noche estáis en la casa de Jehová. Alzad vuestras manos al santuario, y bendecid a Jehová» (Salmo 134). Esta es una actividad sacerdotal que dura «toda la noche» y que debe continuar hasta que el último versículo del Salmo traiga «la mañana».

El Espíritu es fuego para consumir y desechar en juicio todo lo que es de la carne; Él es el «espíritu de juicio y el espíritu de ardor» (Isaías 4:4). Pero le agrada adoptar otra faceta y ser el poder por el cual la fragancia de Cristo, como holocausto, asciende en las alabanzas del santo sacerdocio: «un fuego continuo». En el aceite para el candelero (Éxodo 27:20) hemos visto un tipo del Espíritu como Aquel que mantiene la luz de Cristo en el ministerio hacia los hombres durante toda la noche de Su ausencia. Pero en el "fuego continuo" creo que vemos al Espíritu como el poder para la presentación de Cristo hacia Dios en alabanza.

Adoramos "por el Espíritu de Dios" (Filipenses 3:3). Los sacerdotes permanecen junto al altar "toda la noche" para perpetuar en sus inteligentes alabanzas la fragancia del holocausto.

La "leña" en este sentido podría quizás representar una condición del alma que está fácilmente disponible para la acción del Espíritu: afectos espirituales que rápidamente se mueven a una intensa actividad cuando se ordenan de manera sacerdotal ante Dios para su servicio. Los dos que iban camino a Emaús respondieron rápidamente a la atención sacerdotal del Señor, y sus afectos estallaron en llamas. "¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino y nos abría las Escrituras?" (Lucas 24). El Señor realmente estaba en ese momento haciendo lo que después sería la obra del Espíritu, y había algo en ellos que pronto se encendió. El servicio sacerdotal que se nos presenta en "la ley del holocausto" no es una fría formalidad ni una rutina religiosa; se caracteriza por un fervor santo, como sólo el Espíritu podía crear o mantener. Que la madera esté "en orden" sugeriría afectos inteligentes y espiritualmente regulados, como los que Pablo tenía en mente cuando dijo: "Oraré con el espíritu, pero también oraré con el entendimiento; cantaré con el espíritu, pero también cantaré con el entendimiento" (1ª Cor.14:15). Fervor en espíritu e inteligencia espiritual deben siempre encontrarse juntos bajo el servicio sacerdotal; todo debe ser espiritual en carácter; no debe haber elemento natural o carnal en el fervor o el orden; estos son tales que sólo podrían lograrse por medios espirituales y por personas espirituales. En el trato del sacerdote con "las cenizas", tenemos un ejercicio completamente diferente ante nosotros, pero que corresponde perfectamente a lo que hemos estado considerando. Las "cenizas" hablan de un sacrificio totalmente consumido; hablan de un Cristo muerto. Me preguntaría si sé lo que significa ponerse vestiduras de lino y tomar las cenizas. Si estamos en Su aceptación ante Dios, ¡sin duda es algo justo estar muerto con Él aquí! Primero tratamos esto con Dios. Entiendo que se insinúa al poner las cenizas "junto al altar". Desde el altar, el "fuego continuo" hace que el olor grato ascienda, pero "junto al altar" confesamos que Cristo está en "el lugar de las cenizas"; Él es un Cristo muerto aquí. No podemos en justicia identificarnos con uno sin ser identificados con el otro. Es una cuestión de justicia identificarnos con el lugar que Cristo tiene en este mundo. Pablo hace de esto la base de su apelación a los Colosenses: "Si habéis muerto con Cristo" (Col.2:20). Y en lo que probablemente sea el "cántico espiritual" más antiguo de los tiempos cristianos, citado en 2ª Tim.2:11-13, leemos: "Porque si morimos juntamente con Él, también viviremos juntamente con Él". Se cree que esto es parte de un himno; de todos modos, era común entre los santos, y es muy probable que sea un ejemplo del tipo de cántico con el que los primeros cristianos se hablaban a sí mismos y entre sí.

Entonces, habiendo ocupado nuestro lugar en justicia con Dios, identificado con un Cristo muerto aquí, nos "vestimos con otras vestiduras". Creo que esto sugiere que nos preparamos deliberadamente para el lugar de reproche aquí. Si vestimos vestiduras de justicia con Dios, debemos vestir vestiduras de reproche con los hombres. Las cenizas deben ser llevadas "fuera del campamento a un lugar

limpio". Debemos dejar todo lo que tiene nombre, lugar o sanción religiosa en la tierra para llevar el reproche de Aquel que no tiene cabida aquí en absoluto, salvo en los corazones de quienes lo aman. Véase Hebreos 13:13. El lugar del reproche de Cristo es el único "lugar limpio" aquí.

Creo que la acción de José de Arimatea y Nicodemo puede ilustrar la enseñanza de este tipo. Eran verdaderos discípulos, pero en secreto. ¡Nunca se habían puesto sus vestiduras de lino! Pero la muerte de Cristo puso las cosas en un punto crítico, y las demandas de justicia ya no podían eludirse. Al identificarse con el Cristo muerto y reclamar Su precioso cuerpo, se pusieron sus vestiduras de lino. Él era para ellos el Cristo de Dios, pero el lugar de la muerte era el suyo en este mundo. Y llevaron las cenizas a un lugar limpio. Nada marca el lugar de Cristo en relación con este mundo más definitivamente que Su sepultura. Ha desaparecido por completo de la vista del mundo, y no aparecerá de nuevo hasta que Sus enemigos sean puestos por estrado de Sus pies. ¿No crees que esos dos corazones salieron con Él de todo aquí? El concilio —la gran asamblea de líderes religiosos— lo había condenado a muerte, pero se identificaron con él. ¡Nadie podría pensar que alguno de ellos volviera a ocupar su asiento en el concilio! Salieron con verdadero carácter sacerdotal. El único "lugar limpio" aquí es el lugar de identificación con la muerte y sepultura de Cristo. Estar identificado con la aceptación del holocausto y sostener su fragancia ante Dios "toda la noche", requiere también que nos identifiquemos con las "cenizas" y con el "lugar limpio" fuera del campamento. "Esta es la ley del holocausto".

En "**la ley de la oblación**" tenemos la parte de los sacerdotes en relación con esa ofrenda. El oferente representa al santo en sus ejercicios con respecto a la adquisición de Cristo y los movimientos del corazón hacia Dios, que se tipifican por su venida con un "don". Es un contraste con el hombre en su vacío que dice: "Nada en mi mano traigo"; es el santo que viene con aquello en su corazón que es deleite para Dios. En la comprensión y apreciación de Cristo, nos damos cuenta de que el tiempo del dolor de Dios por el hombre ha pasado, y el tiempo de su beneplácito ha llegado. Una nueva clase de humanidad ha llegado en la Persona de Jesús, perfecta en cada detalle y apta para ser ungida por el Espíritu Santo. De hecho, fue concebido por el Espíritu Santo, y cada parte de su humanidad fue vigorizada y fortalecida por el Espíritu Santo de Dios. No había levadura allí.

El sacerdote representa al santo como poseedor de un conocimiento santo e inteligente de cómo debe tratarse la ofrenda para el servicio y el placer de Dios. Debemos anhelar ser verdaderos "hijos de Aarón", así como oferentes.

El sacerdote presenta la ofrenda "delante de Jehová, ante el altar", y luego quema sobre el altar su puñado de flor de harina y de aceite, y todo el incienso.

Dios tiene Su porción primero. Entonces "lo que quede de ella lo comerán Aarón y sus hijos; sin levadura se comerá en un lugar santo". **Lo que comemos se convierte en parte de nosotros mismos**; se asimila a nuestro ser; nuestra constitución se forma y se edifica por ello. El santo sacerdocio se nutre y se fortalece, y se forma en sensibilidad y carácter, al alimentarse de Cristo como la oblación. No hay alimentación de Cristo como holocausto; todo eso sube a Dios en el altar. Podemos comprenderlo y apreciarlo, pero no nos lo apropiamos como alimento. Pero como la oblación, Dios da a Cristo al sacerdocio como alimento; las personas que se juzgan a sí mismas y que caminan en el Espíritu pueden alimentarse de Él; y el cristiano visto como sacerdote se caracteriza por la apropiación de Cristo en este carácter; así Cristo se convierte en Sustancia en sus afectos. Es una gran cosa cuando Cristo se ha convertido en el Hombre oculto del corazón, cuando Dios puede mirar dentro de los corazones de Sus santos y ver a Cristo allí en lugar del yo y el mundo.

Dios quiere que nuestros pensamientos y afectos internos se formen y nutran al alimentarse de Cristo, para que la manera en que pensamos y sentimos acerca de las cosas sea conforme a Cristo, y esto resultaría en que Él se reproduzca en nosotros. La transformación según Romanos 12:2 no se produce por reglas y regulaciones impuestas desde afuera como una exigencia; se produce desde adentro, "por la renovación de su mente". La mente se renueva al ocuparla y llenarla con la manera perfecta en que la voluntad de Dios se expresó en la vida de Jesús. ¡Qué comprensión obtenemos de la "buena, agradable y perfecta voluntad de Dios" al verla toda y alimentarnos de ella, tal como se lleva a cabo en cada detalle en esa vida santa! La vemos allí no como una exigencia, sino como una provisión, como alimento para nosotros. Al apropiarnos si lo hacemos y nos nutrimos de Él, la voluntad de Dios se nos vuelve bendita y aprendemos cada vez más a odiar la acción de nuestra propia voluntad. Tenemos entonces una nueva forma de pensar, sobre todo. Si Cristo se ha convertido en alimento para mí, el orgullo, la vanidad y la moda de este mundo son como polvo bajo mis pies. Hay entonces vigor espiritual a través de lo que nos alimentamos para estar en armonía con Cristo y para demostrar cuál es "la buena, agradable y perfecta voluntad de Dios".

En Efesios, se considera que los santos han aprendido a Cristo, lo han escuchado y han sido instruidos en Él conforme a la verdad que está en Jesús. Y de ahí surge la idea de "ser renovados en el espíritu de vuestra mente" (Efesios 4:20-24). Esta es una asimilación aún más profunda a Cristo que Romanos 12. Era una mente muy buena la que quería recibir a Cristo (Lucas 9:54), ¡pero Santiago y Juan necesitaban ser renovados en el espíritu de sus mentes! Sólo podemos obtener esa renovación alimentándose de Cristo "en un lugar santo". "El atrio de la tienda de reunión" indica que uno se retira en espíritu de la esfera de los pensamientos y actividades humanas, e incluso de lo que podría estar legítimamente conectado con la propia tienda. Es donde se realizan los ejercicios sacerdotales en relación con las cosas santas de Dios. Supongo que todos los creyentes tienen más o menos ejercicios de piedad en sus propias tiendas, pero

Dios nos anima a realizar ejercicios relacionados con el "lugar santo". Podemos tener "el atrio de la tienda de reunión" en casa, pero sugiere algo muy distinto de lo que se relacionaría con nuestras propias tiendas en el desierto. Los santos tienen el privilegio de realizar muchos ejercicios en casa que no se relacionan con sus propios asuntos, sino con "la tienda de reunión". En algunos, una parte muy considerable de sus ejercicios tiene este carácter, y creo que esto indica que tienen rasgos sacerdotales. La falta general de fuerza para el servicio de Dios puede atribuirse en gran medida, creo, a la falta de alimento sacerdotal.

La diferencia entre el "maná" y la "oblación" como alimento es que el maná es el suministro de gracia que permite al israelita afrontar todas las exigencias del camino del desierto. Esto respondería mejor a lo que hemos hablado en Romanos. Pero la oblación es alimento para nutrir a los sacerdotes, de modo que tengan vigor espiritual para continuar el servicio a Dios en oración y alabanza, y en todo lo que pertenece al testimonio. Los dos ejercicios se dan uno al lado del otro. Necesitamos maná para el camino del desierto: necesitamos alimentarnos de la oblación para la fortaleza sacerdotal en el servicio del santuario. Alimentarnos de Cristo como maná nos dará renovación de mente y fuerza para efectuar la transformación de la vida responsable. Alimentarnos de Cristo como oblación producirá renovación del espíritu de nuestra mente, de modo que el mismo espíritu de nuestras mentes se formará en correspondencia con Cristo. Hay un gran placer para Dios en eso. La manera divina de lograrlo es darnos a Cristo como alimento; es una bendición. Esta es una bendita y satisfactoria forma de lograr esto.

La oblación debe conservarse sin levadura. No debe introducirse ningún elemento carnal ni inflamante. Esta es "Santísima". Y pienso, y creo que podemos decir produce, un intenso grado de santidad en todos los que entran en contacto con ella. "Todo lo que toque estos será santificado". No hay nada más santificador que tener que ver con Cristo. Nos apartamos del mundo, del pecado y de la carne cuando estamos realmente comprometidos con Cristo. "La imitación de Cristo" nunca hará a nadie como Él, pero alimentarse de Él sí, pues nutre los afectos y da poder. ¿De qué alimentamos nuestros afectos? ¿De Cristo o de las nimiedades pasajeras e insignificantes del mundo?

La ofrenda del día de la unción del sacerdote es una "oblación continua". No es como la ofrenda voluntaria de Levítico 2, sino obligatoria. El sacerdote ungido debe comenzar y terminar su día de santo servicio con una ofrenda que presente el dulce aroma de las perfecciones de Cristo a Dios. Sólo se contempla un día, pero es "un estatuto eterno"; cada día de servicio sacerdotal debe comenzar y terminar así. En el capítulo 2, la ofrenda tiene aceite vertido sobre

ella, o se mezcla o se unge con aceite, pero aquí está "saturada de aceite" —un pensamiento más intenso. El sacerdote comienza su servicio del día con una comprensión peculiarmente fuerte de cuán plenamente el Espíritu tuvo un camino en cada detalle del bendito camino de Cristo —todo estaba en la energía y la gracia del Espíritu Santo. Y regresa al final del día para retomar la misma comprensión con Dios. Un "día" que comienza y termina así estará lleno de su fragancia para deleite de Dios. El sacerdote serviría con su espíritu y sería aceptable en todo lo que hiciera. Y la ofrenda es "totalmente quemada para Jehová": es una comprensión sacerdotal de Cristo que es completamente para deleite de Dios.

Los "pedazos horneados de la oblación" podrían indicar cómo le ha placido a Dios que comprendamos a Cristo. No lo ha puesto todo en un sólo Evangelio, sino que nos ha dado cuatro. Mateo, Marcos, Lucas y Juan tuvieron cada uno una comprensión sacerdotal de Cristo como la oblación, pero cada uno tuvo su propia presentación distintiva. A menudo se ha intentado fusionar los cuatro Evangelios en un sólo relato, pero esto deja de lado la sabiduría divina en la que se nos ha presentado la belleza y la perfección de Cristo y la sustituye por una compilación humana en la que no hay inteligencia sacerdotal y en la que se oscurecen los verdaderos rasgos de la oblación. No hay nada en lo que el discernimiento sacerdotal se manifieste más que en la capacidad de percibir las diferencias en los Evangelios y comprender su significado. No es la menor parte del favor de Dios a la asamblea en estos últimos días que Él haya dado más discriminación sacerdotal en cuanto a las diferentes "piezas de la oblación". La presentación divina de Cristo en los Evangelios es maravillosa. Todo lo que habría sido natural en los evangelistas se mantiene en suspensión. ¿Puede usted pensar en hombres —solamente hombres? ¿No habrían usado los hombres abundantes adjetivos y se habrían explayado sobre las maravillas que habían visto? Pero todo eso está ausente. Cada uno de los evangelistas tiene, en la soberanía de Dios, su propia comprensión espiritual de Cristo, y la presenta según la sabiduría de Dios, de modo que cada incidente, y el detalle que se destaca en cada incidente, contribuye y forma parte esencial de la visión particular de Cristo que Dios quiere que destaque en cada uno. Hay inteligencia espiritual y sacerdotal en la presentación, y se necesitan inteligencia espiritual y sacerdotal para la comprensión de estos preciosos rasgos de Cristo, y para su ofrenda a Dios al servicio de los santos afectos que los sacerdotes ungidos pueden rendir.

Lo primero en "**la ley de la ofrenda por el pecado**" es que "en el lugar donde se ofrece el holocausto la ofrenda por el pecado será degollada delante de Jehová". Un ejercicio de ofrenda por el pecado entra en juego cuando ha habido alguna tolerancia del hombre que tuvo que ser removido en la muerte, pero el sacerdote al asumirla tiene detrás en su alma el sentido de la excelencia de otro Hombre,

que ha traído todo en lo que Dios podía deleitarse, y en cuya muerte toda perfección ha subido en olor grato. Es como conociendo el establecimiento perfecto y eterno de la voluntad de Dios en un Hombre totalmente consagrado a Él en la muerte, que el sacerdote se ejercita con respecto a lo que ha sido desagradable a Dios.

En ninguna otra ofrenda se enfatiza tanto la santidad como en esta. Cuatro veces se dice acerca de la ofrenda por el pecado y la ofrenda por la culpa: "Es santísima". Ahora somos llevados a la morada de la santidad de Dios, y tenemos que pensar en el pecado a la luz de eso. Incluso las personas mundanas se escandalizan por ciertas cosas; el sentido de la propiedad se ofende; pero esto no es Santidad. Dios exige santidad en su pueblo; sin ella, «nadie verá al Señor» (Hebreos 12:14).

El sacerdote que come la ofrenda por el pecado debe comerla en un lugar santo: «en el atrio de la tienda de reunión», él tiene un profundo sentido de que algo ha entrado en el hombre por quien Cristo murió para quitar; él ve el pecado desde ese punto de vista, y lo hace suyo, y obtiene una nueva comprensión de la muerte de Cristo como aquella en la que la raíz del pecado ha sido tratada. En mente y espíritu, así es puesto en armonía con Dios; siente acerca del pecado como debe ser sentido. Para esto se necesitan la fuerza e inteligencia sacerdotales. El sacerdote que come la ofrenda por el pecado se apropia de Cristo de una manera que lo pone en verdadero acuerdo con Cristo en cuanto al pecado o transgresión, y en cuanto a la gracia en la que Él lo tomó y lo hizo suyo. De modo que no hay ligereza acerca del pecado, sino un profundo sentido interior de lo que le costó a Cristo tratar con él; un sentido, también, de que ha sido tratado en santidad divina, pero en gracia pura y perfecta hacia el que ha pecado. El sacerdote mide el pecado por lo que le costó a Cristo llevar su juicio, pero se nutre interiormente de la santa gracia con la que lo hizo. Esto hace que se encuentre en el sacerdote todo lo moralmente adecuado con respecto al pecado, y esto permite a Dios seguir adelante con su pueblo en santidad y complacencia.

En la práctica, hay mucho en el pueblo de Dios que necesita la ofrenda por el pecado, pero Dios no sólo daría el sentido de esto, sino que también haría que sus sacerdotes fueran formados interiormente en sentimientos y sensibilidades espirituales al respecto. Hay un sentido en el que los sacerdotes que comen la ofrenda por el pecado hacen expiación. Véase Levítico 10:17. Expiación significa una cobertura. En el sentido pleno de expiación, el sentido más importante, Cristo está absolutamente solo. Al llevar el juicio del pecado para apartarlo sacrificialmente de la presencia de Dios, nadie puede compartir con nuestro precioso Salvador ni participar en su santa obra de expiación. Por lo tanto, no se debe comer ninguna ofrenda por el pecado cuya sangre haya sido traída al santuario (v.23). No podríamos aceptar ese punto de vista en absoluto.

Pero si ha habido pecado en el pueblo de Dios, es debido a Él que esto se siente de manera correcta. Cristo no sólo llevó el juicio del pecado y lo quitó, sino que tenía todo el derecho y la sensibilidad divina sobre el pecado que quitó sacrificialmente. Amó la justicia y aborreció la iniquidad. En esto puede

participar el santo sacerdocio, y entra en acción cuando uno come la ofrenda por el pecado. También debemos recordar que el pecado que pueda haber salido a la luz en otro es una exposición de lo que hay en nosotros mismos según la carne. Me levanta un espejo para permitirme ver lo que soy. Pero el sacerdote juzga todo en sensibilidades espirituales que son el resultado de alimentarse de Cristo como la ofrenda por el pecado. El pecado ha estado allí, pero ha sido sentido correctamente por un sacerdote que lo ha medido interiormente por la muerte de Cristo, y esto lo cubre moralmente. De modo que Dios continúa con Su pueblo en santidad, no pasando por alto ningún pecado como un asunto ligero, sino asegurando, no sólo que debería haber sido juzgado de una vez por todas en la muerte de Cristo, sino también que debería ser medido moralmente a la luz de esa muerte, y sentido correctamente en el ejercicio sacerdotal delante de Él. Uno desearía fervientemente que se encontrara más capacidad sacerdotal para tomar las cosas de esta manera entre el pueblo de Dios. A menudo es más fácil para nosotros quemar la ofrenda por el pecado que comerla. Véase el capítulo 10:16-18. Es decir, actuar con espíritu judicial en lugar de hacer nuestro el pecado ante Dios, como hicieron Esdras, Nehemías y Daniel. (Véase Esdras 9, Nehemías 9, Daniel 9). Comer produce un profundo ejercicio interior y desarrolla las sensibilidades de las que hemos hablado, de modo que no pensamos en el pecado simplemente como lo hace el mundo, sino según Dios.

Si hubiera habido sensibilidad sacerdotal en toda la asamblea de Corinto, todos se habrían postrado ante Dios por el pecado que había entre ellos. Pero los ejercicios de Pablo, y quizás algunos sacerdotes entre ellos, salvaron la situación.

Un sacerdote que come la ofrenda por el pecado podría salvar a muchos. Uno no puede dejar de sentir la profunda importancia de esto en vista de muchas cosas que ocurren entre el pueblo de Dios. Si hubiera más ejercicios sacerdotales, habría más poder para lidiar con las cosas, pero esto implica un proceso de ruptura, y mucho restregado y enjuague (versículo 21-28). Pablo pasó por esto de manera sacerdotal primero, y comió la ofrenda por el pecado por los corintios. Luego tuvieron sus ejercicios; se reavivaron las sensibilidades sacerdotales; y las cosas se trataron para asegurar condiciones santas.

Tener que ver con la ofrenda por el pecado requiere santidad. «Todo lo que toque su carne será santificado». El contacto con la ofrenda por el pecado nos compromete a rechazar al hombre según la carne, porque en ella ese hombre, y todo lo que le pertenece, fue juzgado. Uno no puede estar en contacto con el rechazo total de Dios a ese hombre en la muerte de Cristo, y continuar con su tolerancia en la práctica. La prenda lavada sobre la cual se salpica la sangre de la ofrenda por el pecado sugeriría un efecto en toda la vida exterior – el comportamiento y los caminos – una clase moral. Aprendizaje y purificación para que uno aparezca marcado por la pureza y la belleza de la santidad.

El "vaso de barro" se referiría a lo que el hombre es por naturaleza: a aquellas cosas que podrían darle carácter, lugar o distinción como hombre en la tierra. Un hombre podría ser naturalmente elocuente, o tener grandes facultades mentales,

o algún otro don natural que le daría un lugar como hombre aquí. Pero si la ofrenda por el pecado entra en contacto con ello, resulta en la ruptura de todo eso en la estimación del hombre mismo, de modo que no confía en estas cosas, sino que se entrega a Dios para ser sostenido por recursos y poder espirituales. "Pero nosotros mismos tuvimos en nosotros mismos la sentencia de muerte, para que no confiáramos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos" (2ª Cor.1:9). "Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros" (2ª Cor.4:7). Pablo había estado en contacto con la ofrenda por el pecado, y el «vaso de barro» fue «quebrado» por él.

La «vasija de cobre» podría quizás sugerir lo que son los santos como engendrados por Dios, o según el hombre interior. Visto así, existe la capacidad de soportar la prueba y de permanecer. "El que hace la voluntad de Dios permanece para la eternidad" (1ª Juan 2:17). Cuando la ofrenda por el pecado entra en contacto con lo que el santo es como sujeto de la obra divina, no hay quebrantamiento, sino que se plantea un ejercicio de idoneidad moral. Por lo tanto, el restregado y el enjuague con agua tienen su lugar.

CAPÍTULO 7

Aunque **la ley de la ofrenda por la culpa** (v.1-7) contiene ciertos detalles que no se mencionan en la ley de la ofrenda por el pecado —la aspersión de la sangre sobre el altar alrededor y la presentación y quema de la grasa—, sus disposiciones son similares. "Como la ofrenda por el pecado, así es la ofrenda por la culpa; una sola ley habrá para ellas" (v.7).

Luego se nos presenta la compensación del sacerdote por su servicio en relación con las tres ofrendas. En cuanto a la ofrenda por el pecado y la ofrenda por la culpa, «será del sacerdote que haga expiación con ellas». El sacerdote que presente el holocausto de cualquier persona tendrá la piel para sí mismo. Y toda oblación horneada en el horno o preparada en el caldero y la sartén, «será del sacerdote que la ofrezca; a él le pertenecerá». Siempre hay una ganancia personal al asumir el ejercicio sacerdotal o al prestar servicio sacerdotal. Uno no podría ministrar al placer de Dios en relación con Cristo sin obtener una gran ganancia para sí mismo. El sacerdote oferente adquiere a Cristo para su propio alimento y satisfacción, o, en el caso del holocausto, se apropia de Su inocencia y belleza externas, con la intención, probablemente, de ser hallado investido de ellas. La piel representaría la belleza moral externa de Cristo tal como podría ser discernida por los santos. Interiormente, el sacerdote es provisto de Cristo como alimento, de modo que sus afectos e inteligencia espiritual son nutridos y fortalecidos en correspondencia con Cristo. Y también se provee para que sea marcado por la posesión de esos rasgos externos que marcaron a Cristo, "el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando era maldecido, no

respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino que se entregaba en manos de Aquel que juzga con justicia" (1ª Pedro 2:21-23).

Cuando la ofrenda es típica de la perfección de Cristo vista como bajo prueba (versículo 9), debe ser la porción del sacerdote que la ofrece, pero cuando Su perfección es vista simplemente en sí misma (v.10), Él se convierte en el alimento de "todos los hijos de Aarón... unos como los otros". La apropiación de la perfección de Cristo como bajo prueba requiere un ejercicio especial. Hay ejercicios especiales y personales, así como aquellos que realizamos con nuestros hermanos. Aprendemos a apreciar a Cristo de una manera peculiar mediante nuestras experiencias personales, y esto le da cierta distinción a cada santo. Ofrecer aquello que habla de Cristo como bajo prueba sugeriría que el oferente tenía alguna razón para apreciarlo en ese carácter. Creo que sugeriría que el oferente había sido enseñado por su propia experiencia bajo prueba a valorar y amar a Cristo en ese aspecto. Tomemos algunas de las experiencias de Cristo tal como se expresan en los Salmos. No se aprecian realmente hasta que el alma ha tenido, en alguna pequeña medida, experiencias similares. Supongo que la mayoría de nosotros sabemos cómo una prueba profunda nos enseña a ver una dulzura y belleza en las Escrituras que nunca habíamos visto. Dios trae a Cristo en relación con la forma en que estamos siendo probados, y aprendemos Su perfección para convertirnos en oferentes y sacerdotes oferentes. El sacerdote que ofrece toma el producto de tal ejercicio de una manera sacerdotal con Dios, y por lo tanto tiene derecho moral a tenerlo como alimento para sí mismo. Pero la oblación en sentido general —todo lo que Cristo fue en su perfección personal, y como completamente imbuido del Espíritu— es común a «todos los hijos de Aarón».

En los capítulos 6-7:10 tenemos un conjunto de ejercicios sacerdotales que deben emprenderse para mantener la comunión del pueblo de Dios en una base adecuada. El tono y el carácter de la comunión cristiana se reducen si se asume, o se intenta asumir, sin condiciones sacerdotales; es decir, sin considerar lo que se debe a Dios. En Corinto, faltaban condiciones y ejercicios sacerdotales, y por lo tanto, la comunión se veía comprometida por asociaciones impías. «**La ley del sacrificio de paz**» tiene en mente la comunión del pueblo de Dios.

Las ofrendas por el pecado y la culpa preceden a la ofrenda de paz para que seamos completamente libres. La ofrenda por el pecado liberaría a uno de cualquier necesidad de autoocupación, y la ofrenda por la culpa aborda todo elemento en relación con el cual se hayan infringido los derechos de Dios o que obstaculice la comunión mutua. En la institución de las ofrendas (capítulos 1-5) las ofrendas por el pecado y la transgresión vienen al final. El fin alcanzado allí

es el auto juicio y el ajuste de todos los males hacia Dios o hacia el hombre. Pero en la ley de las ofrendas, la ofrenda de paz viene al último. Lo que está en vista es el disfrute del bien espiritual en comunión unos con otros. La ley de las ofrendas es así preparatoria para que seamos participantes inteligentes de la mesa del Señor. 1ª Corintios 10 está en conexión con la ofrenda de paz. Los cristianos "participan de la mesa del Señor"; es lo que se nos provee lo que podemos disfrutar juntos; es una mesa bien servida, y da carácter a nuestra comunión aquí. Si no somos fieles a la comunión de la mesa según 1ª Corintios 10, no comeremos la cena según 1ª Corintios 11. La comunión se caracteriza por lo que disfrutamos juntos en contraste con todo lo que hay en el mundo idólatra. Participar de la mesa del Señor es preparatorio para el privilegio de la cena del Señor. Si un cristiano se entrega a los placeres del mundo, prácticamente renuncia a la felicidad que le pertenece como participante de la mesa del Señor. Las dos cosas son tan contrarias entre sí que es imposible disfrutar de ambas.

Hay un carácter festivo en la ofrenda de paz. "Y sacrificarás ofrendas de paz, y comerás allí, y te alegrarás delante de Jehová tu Dios" (Dt.27:7). Sugiere disfrute en común; nadie puede ser realmente festivo sólo. Incluso el mundo tiene la idea de aumentar la felicidad compartiéndola; por eso hacen fiestas, cenas, etc. "Traed el becerro cebado y matadlo, y comamos y hagamos fiesta" (Lucas 15:23) tiene algo del pensamiento de la ofrenda de paz. Incluso nuestros ejercicios y disciplina privados tienen como objetivo que disfrutemos más de lo que tenemos en común con nuestros hermanos y contribuir a su gozo. Pablo y Juan sabían lo que era estar aislados externamente, pero no perdieron la ganancia de la comunión ni dejaron de contribuir a ella.

La primera característica de la ofrenda de paz es que es «en acción de gracias» (v.12). Bien podría ser así, ya que estamos reunidos en la presencia de todo lo que Dios es, como se conoce en bendición a través de Cristo y a través de su muerte. Cuando un hombre puede decir: «Doy gracias a Dios, por Jesucristo nuestro Señor» es libre, tiene a Dios delante de él en lugar de sí mismo y su propia miseria. Es consciente de haber recibido el bien más maravilloso que jamás se haya imaginado. Ha venido a él del corazón del Dios bendito a través de la muerte del Señor Jesús. Puede sentarse con sus hermanos en la comunión de la ofrenda de paz. Cuanto mejor conozcamos a Dios por medio de Cristo, más acción de gracias habrá. El joven converso puede traer su ofrenda de paz de acción de gracias, y puede compartir, si es limpio, lo que otros traen, y cada avance que hace en el conocimiento de Cristo añade algo a su ofrenda y al gozo común.

Pongamos a prueba nuestra felicidad preguntándonos: ¿Vino a través de la muerte de Cristo? Si no, ¡cuidémonos de que no haya un elemento idólatra en ella! Todas esas cosas que podemos disfrutar juntos como pueblo de Dios nos han llegado a través de la muerte, y si dos o varios corazones disfrutaban de ellas y del santo amor que las dio, pueden agradecer a Dios unánimes. "La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo?" (1ª

Cor.10:16). Nuestras almas beben juntas de esa infinita riqueza de bendición: ¡la revelación de Dios en amor!

Luego, con el «sacrificio de acción de gracias», el oferente presenta "tortas sin levadura amasadas con aceite, y hojaldres sin levadura untadas con aceite, y flor de harina saturada con aceite, tortas amasadas con aceite" (v.12). No sólo está el pensamiento de la muerte de Cristo, y de todo lo que nos ha llegado a través de esa muerte, sino una bendita comprensión de la clase de Hombre que murió: Uno que no conoció pecado, y que estaba completamente en la gracia y el poder del Espíritu Santo. Sólo esa clase de Hombre servirá para Dios.

Es necesario desplazar a otro tipo de hombre para que el universo moral pueda ser modelado según Cristo. ¡Qué elemento tan importante es este de la comunión de los santos! Cuando Pablo dice: "Todos participamos de ese único pan", creo que tiene una idea moral en mente. Es el lado moral el que es prominente en 1ª Corintios 10, no meramente el acto externo de partir el pan, sino lo que moralmente implica. El hecho de que partamos el pan juntos y participemos de un pan, lo que supone que hacen todos los cristianos, sugiere que todos en la comunión han participado moralmente de Cristo. Hemos llegado a la aprehensión de un orden completamente nuevo de hombre en Cristo, y hemos participado de Él para estar en la vida de Cristo moralmente. Lo que quiero decir con eso es que las características morales de Cristo marcan a los santos como teniendo su Espíritu. Por ejemplo, Cristo se distinguió por su obediencia, dependencia, separación del mundo idólatra y su deleite en los santos, los excelentes de la tierra (véase Salmo 16).

La comunión cristiana no puede ser adquirida en la carne; sólo pueden hacerlo quienes han participado de Cristo y están moralmente en su vida. Una persona sin ley, independiente y autosuficiente no es apta para la comunión. Si uno encuentra su felicidad en el mundo idólatra, o prefiere la compañía de familiares y personas inconversas a la de los santos, no está en la comunión. La manera de promover la comunión es dar más lugar a los rasgos de Cristo. La asociación entonces se vuelve muy real y espiritual. Los santos se convierten en "un solo pan, un solo cuerpo" (1ª Corintios 10:17), expresando juntos lo que es de Cristo. A la luz de esto, se puede comprender la importancia de los panes sin levadura, las obleas, la harina fina y el aceite en relación con el sacrificio de paz.

Pero también está "su ofrenda de pan leudado" (v.13). Esto implica reconocer lo que somos en nosotros mismos. Si, por un lado, el oferente es partícipe de Cristo, por otro, es consciente de que todavía está en "condición mixta" y de que la carne aún está en él. No puede decir que no tiene pecado (1ª Juan 1:8). Por lo tanto, trae "su ofrenda de pan leudado". Esto es esencial para el sacrificio de paz. Asegura un espíritu de humildad y desconfianza en uno mismo, y nos lleva a andar con cuidado. "El que piensa que está firme, mire que no caiga". Y si se descubre una falta en otro, los espirituales deben restaurarlo con un espíritu de mansedumbre, "considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado" (Gálatas 6:1). En relación con la comunión, nunca debemos perder de vista esto.

Nos mantiene sobrios con nosotros mismos, y considerados y pacientes con los demás.

Entonces, "la carne del sacrificio de paz de su ofrenda de acción de gracias será comida el mismo día que se presente" (v.15). La comida no debe separarse mucho de la ofrenda. Es serio considerar que lo que comenzó como una verdadera ofrenda de acción de gracias o un voto puede degenerar en lo que es "algo inmundo" (v.18). Esto demuestra la importancia de mantener un vínculo estrecho entre lo que disfrutamos juntos y la conciencia de mantenerlo en relación con Dios. La "ofrenda de paz de acción de gracias" debe renovarse cada día para que la comida o comunión diaria conserve su carácter santo. Esto no es penoso para la mente espiritual, porque la verdadera dulzura y poder de lo que disfrutamos juntos reside en el hecho de que lo hemos tomado primero con Dios. Y es un privilegio muy dulce volver al altar con nuestra ofrenda de paz cada día y renovar con Dios, para Su placer, nuestras comprensiones y apreciaciones de Cristo. Si esto se descuida, no podemos preguntarnos si la "comunión de unos con otros" pierde su carácter santo y espiritual, y se vuelve formal o incluso meramente social. Se pierde el verdadero gozo de la comunión. El amor de Dios se manifiesta en esto, en que Él no quiere que sigamos disfrutando juntos indefinidamente aquello que una vez hemos tomado en el altar con Él. Él quiere que renovemos diariamente nuestra comprensión de Cristo con Él, y que encontremos en esto un punto de partida continuamente fresco para nuestra comunión con nuestros hermanos. De lo contrario, nuestros gozos pueden separarse de su verdadera Fuente y perderse su valor espiritual.

En el caso de una ofrenda "votada o voluntaria" (v.16), la carne también puede comerse al día siguiente. Esto supone una mayor energía espiritual en los afectos del oferente y, por lo tanto, una mayor capacidad para sostener la comunión. Puede haber no sólo diferentes grados de comprensión de Cristo, según se manifiesta en los diferentes animales ofrecidos, sino también una diferencia en la fuerza del motivo que subyace a la ofrenda.

Sólo podemos disfrutar de las cosas con Dios si estamos en un espíritu de "acción de gracias". "Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús". La acción de gracias es la respuesta a la riqueza de bendición que la gracia divina nos ha traído. Pero cuando llegamos al "voto", o lo que es "voluntario", sugiere poder espiritual para la dedicación a Dios. Implica una obra subjetiva más clara en el alma. Por lo tanto, la comunión puede ser más sostenida. A menudo hay una verdadera respuesta a la gracia de Dios en afectos agradecidos sin mucha energía espiritual, y por lo tanto, las cosas pueden deteriorarse pronto hasta convertirse en un sentimiento meramente humano que es "impuro". El remedio para esto es renovar continuamente la comprensión de Cristo en movimientos del corazón hacia Dios. Si lo hacemos, inevitablemente nos llevará de la "acción de gracias" al "voto". Aumentaremos en capacidad espiritual y seremos contribuyentes más eficientes a la comunión.

Dios ama la dedicación definitiva que implica un "voto", y el poder espiritual se encuentra en quienes traen una ofrenda de este carácter. Un verdadero "voto" está en el poder del Espíritu; no es una mera resolución de la carne o del hombre legal. Es la feliz dedicación de un hombre espiritual. Muchos santos no van más allá del "ofrecimiento de paz en acción de gracias", pero Dios contempla que su pueblo está tan conmovido por su gracia y amor que habrá un propósito de corazón para lograr la dedicación a Él. Dios apoya esto, y quien lo posee se beneficia de ello. Si hay un espíritu de dedicación, se asegura el apoyo divino. Un hombre verdaderamente dedicado no hablaría de su dedicación; le bastaría con que su "voto" fuera aceptable a Dios y que la gracia de Dios lo apoyara en él. La ventaja de un "voto" en relación con el ofrecimiento de paz es que existe una capacidad extendida para continuar participando en la comunión sin que las cosas se vuelvan "impuras" por falta de cercanía consciente a Dios.

"La ley del sacrificio de paz" enfatiza la necesidad de limpieza por parte de quienes comen. Véanse los versículos 19-21. Más adelante en este libro, recibimos mucha instrucción sobre lo limpio y lo inmundo, para que sepamos de qué debemos apartarnos. Las cosas santas se profanan si no hay pureza en cuanto a nosotros mismos y nuestras asociaciones. "La persona que coma la carne del sacrificio de paz que es para Jehová, teniendo su inmundicia sobre sí, esa persona será cortada de entre su pueblo". El intento de unir la inmundicia y a Cristo termina desastrosamente. Dios no lo permitirá.

La prohibición de comer grasa y sangre (v.22-27) es muy significativa: ambas están reservadas. Dios guarda celosamente la excelencia única que se atribuye a la Persona de Cristo, y también el valor único de Su sangre como expiación. Uno no dudaría ni un instante en cortar sus vínculos con cualquier persona o personas que no mantuvieran la verdad en cuanto a la Persona de Cristo o en cuanto a Su muerte expiatoria. Hay una porción reservada de deleite —una excelencia y riqueza que se adhiere a Cristo— que es exclusivamente para Dios. Es una característica esencial de nuestra comunión que entendamos esto. Si una Persona divina toma humanidad y entra en la muerte, debe haber una excelencia manifestada que está más allá de la apropiación de la criatura. Pero si no se puede comer, se puede ofrecer; se convierte en objeto de adoración. La grasa se menciona dos veces en el capítulo 3 como el "alimento [o pan] de la ofrenda"; es la porción de Jehová; aquello que sólo Él puede apropiarse. El sacerdote puede enviar el olor grato a Dios de aquello que no le corresponde apropiarse; se quema "en el altar sobre el holocausto". Podemos contemplar lo que no se nos da para apropiarlo. No disminuye el gozo saber esto. A Dios le encanta participar del gozo de su pueblo y, de hecho, tener la porción más rica en aquello que es la Sustancia de su comunión. Es un gozo adicional saber que el Dios bendito tiene en el Becerro Cebado eso que está más allá de lo que reciben los hijos que regresan. Es sacrificado por ellos, pero el Padre tiene Su propia porción peculiar en Él.

La sangre también está reservada, y el capítulo 17 nos dice por qué. La vida de la carne está en la sangre, y se da sobre el altar para hacer expiación, "porque es

la sangre la que hace expiación por el alma". Ese es el aspecto de la sangre generalmente en el Antiguo Testamento. Pero en el Nuevo Testamento el Señor habla de la copa en su cena como "el nuevo pacto en mi sangre, que es derramada por vosotros" (Lucas 22:20), y Él da esa copa a sus santos para beber. La sangre aún conserva todo su carácter bendito y eficacia como teniendo valor expiatorio; es una cobertura perfecta para el pecado; pero también la conocemos como testimonio de toda la bendición en el corazón de Dios que ha salido a la luz mediante la revelación de Dios en el amor del nuevo pacto. La palabra expiación aparece muchas veces en el Antiguo Testamento, pero no en el Nuevo. "Expiación" en Romanos 5:11, debería ser "reconciliación". Dios, al revelar lo que hay en su corazón, es más que cubrir el pecado del hombre. Al bendecir la copa y beberla, no nos ocupamos de la cobertura o el valor expiatorio de la sangre, sino de lo que se testimonia o revela en ella.

La sección final de este capítulo requiere de la ofrenda que "sus propias manos traerán las ofrendas encendidas para Jehová, la grosura con el pecho traerá" (v.30). Dios quiere que mantengamos de una manera muy definida y personal la comprensión de toda esa excelencia en Cristo que es Su propia porción peculiar y deleite, pero Él quiere que la mantengamos junto con un sentido precioso del amor de Cristo. Cuanto más definitivamente mantengamos la insondable profundidad y preciosidad de lo que hay en Cristo para Dios, más comprenderemos el amor de Cristo. La grosura y el pecho deben estar juntos en las manos del oferente. La Persona que es tan deleitosa para Dios, y en quien hay excelencias tan inescrutables que sólo Dios puede alimentarse de ellas, es conocida por nosotros en Sus afectos. Uno puede entender al apóstol, cuando oró para que pudiéramos conocer el amor de Cristo, agregando, "que sobrepasa todo conocimiento" (Efesios 3:19). Tenía en sus manos "la grosura con el pecho", y el carácter excepcional del amor estaba conectado con toda la riqueza y el valor intrínsecos de esa gloriosa Persona, tal como la conocía el Padre. No retener la "grosura" sería, en consecuencia, no retener el "pecho". ¡Qué "manos santas" se necesitan para contener tan infinita preciosidad! Y el énfasis parece estar puesto en "sus propias manos". ¡Esto no es buscar disfrutar de lo que otros traen, ni quejarse de la carencia ajena! ¿Qué estás trayendo con tus "propias manos" para contribuir al placer de Dios, al alimento sacerdotal y al gozo común de la comunidad?

El "pecho" se mece antes de que los sacerdotes lo coman. Comen conscientes de cómo Dios se deleita en que sus santos conozcan y se apropien del amor de Cristo. Y el "pecho" hablaría de su amor hacia Dios, así como hacia los santos y hacia la asamblea. Él amaba a su "amo" así como a su "esposa" y a sus "hijos" (Éxodo 21:5). "Yo amo al Padre, y como el Padre me ha mandado, así hago" (Juan 14:31). De hecho, Cristo ama a sus santos y ama a la asamblea, porque es la voluntad del Padre que así lo haga. ¿Has pensado que realmente le agrada a Dios que su Hijo te ame y se entregue por ti? El mecer el "pecho" significaría que el amor de Cristo ha sido asumido por los santos en relación con todo el placer que Dios tiene en él, y sus afectos se mueven ante Dios en la apreciación de ello. Es por su amor

al Padre que Cristo se ha dedicado tanto a sus santos. Él era el deleite diario de Jehová —«el niño de su amor»—, pero lo era tanto como «regocijándose en la parte habitable de su tierra» y como teniendo «sus delicias con los hijos de los hombres» (Proverbios 8:30-31). Es un placer peculiar para Dios cuando el amor de Cristo es apreciado por los santos en relación con Su deleite en él. Cuando eso conmueve sus afectos, responde al mecer del «pecho».

El «pecho» se da como alimento a «Aarón y sus hijos». El amor de Cristo es la porción común del sacerdocio; no pertenece a uno más que a otro. Pero, al ser alimento, se vuelve característico de la persona que lo come; lo forma espiritualmente. ¡El pensamiento divino es maravilloso: que haya un sacerdocio tan nutrido del amor de Cristo que tome carácter de él! El efecto de comer el "pecho" sería que amaríamos como Cristo amó, y Dios querría que todo en el servicio sacerdotal fuera impulsado por ese poderoso motor. "Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos a otros; como Yo os he amado, que también os améis unos a otros" (Juan 13:34). "Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros, como Yo os he amado" (Juan 15:12). Pero uno debe realmente nutrirse del amor de Cristo para hacer esto. Pablo sabía lo que era comer el "pecho de la ofrenda mecida", y estaba marcado por el amor de Cristo; era el motor de todo su devoto servicio. Amaba como Cristo amó, y todo su servicio era de carácter sacerdotal; había algo distintivo para Dios en él.

Entonces "la espaldilla derecha" se convierte en la porción del sacerdote que presenta la ofrenda de paz. Por lo tanto, se conecta con un ejercicio personal como la oblación horneada en el horno, o preparada en el caldero o la sartén (v.9). Parece indicar que la presentación sacerdotal de la ofrenda de paz es un ejercicio que asegura un conocimiento personal especial del carácter del andar de Cristo aquí. ("Hombro" es realmente "pierna"; se referiría a la fuerza de su andar). El sacerdote oferente no sólo tiene el "pecho" en común con sus hermanos, sino que tiene un sentido peculiar y personal de cómo Cristo anduvo aquí en el servicio del amor. Y obtiene el "hombro" como alimento para que pueda tener fuerza espiritual "el que dice que permanece en Él, debe andar como Él anduvo" (1ª Juan 2:6). Para que lo que era verdad en Cristo pueda llegar a ser verdad en él (1ª Juan 2:8). ¿Cómo podría uno andar como Cristo anduvo, excepto nutrido y fortalecido al alimentarse del "hombro de la ofrenda"? Él siempre anduvo en la bendita actividad y servicio del amor. ¡Cuán maravilloso!

¡Qué glorioso que Él se convirtiera en alimento para nosotros, para que, en pequeña medida, pudiéramos amar como Él amó y caminar como Él caminó! ¡Qué corazones quebrantados y contritos deberíamos tener, pues tan poco hemos aprovechado nuestro privilegio sacerdotal de comer el pecho y la espaldilla, y el resultado ha sido que hemos amado tan débilmente, si es que lo hemos hecho, como Él amó y caminado como Él caminó!

Hay un lado sacerdotal de la verdad conectado con nuestra comunión, y si ese lado sacerdotal no se asume, la comunión no se mantendrá en su verdadero carácter ni en la energía espiritual que la caracteriza. ¡Qué triste que tantos

creyentes consideren estos tipos como pertenecientes a una dispensación pasada, y ahora ya pasada y terminada! La verdad es que son una instrucción preciosa para nosotros, y divinamente destinada a serlo. Son instrucción en Cristo y en el conocimiento de Dios. ¡Que el Señor nos permita considerar estas cosas, y si lo hacemos, Él nos dará entendimiento!

C. C.